

Biblioteca Films Nacional

FLORIAN REY

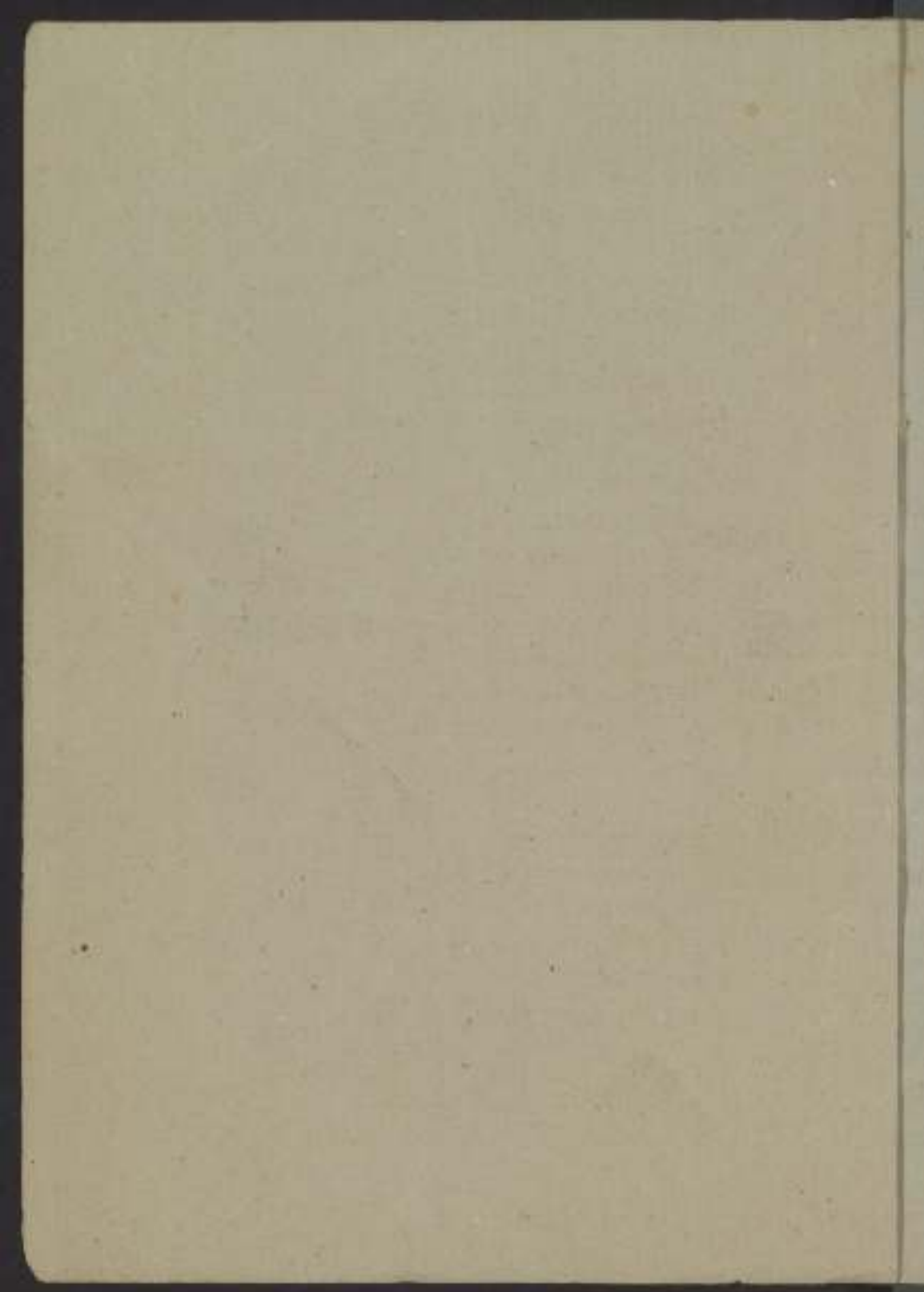
CARMEN

La de Triana

Imperio Argentina

RAFAEL RIVELLES
MANUEL LUNA

Editorial Atlas






AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BARRADÁ, 14 y 16
BARCELONA

CARLOS, 2
MADRID



Reservados los derechos de
protección y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.

Valencia, 234 - Teléfono 79657

BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Sala Verdaguer

EDITORIAL



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Apartado 707 - Teléfono 70657

BARCELONA

AÑO I

Núm. 6

CARMEN la de Triana

La más grande creación de IMPERIO ARGENTINA

Amor de amores es la historia desgraciada de esta Carmen, tan querida de los hombres, como azotada por su sino: sino fatal, cargado de pasiones. Vida inquietante, luchas terribles... amores a muerte. Carmen es esa mujer abrasada en su propio fuego de pasiones llevando el amor dentro de su corazón y los desafíos por fuera. Un amor suyo, único, que por serlo tan propio no pudo ser comprendido por el hombre que tanto amaba. Y esta historia tan llena de amor y de de dolor, es la que desfila por estas páginas, llenas de emoción y de pasiones.

Dirección de FLORIAN REY

Distribuida en España
y Colonias por

Ulargui UFILMS



Director-Propietario:

D. S. ULARGUI

Antonio Maure, núm.

Director-Gerente: D. ENRIQUE

Balmes, 79 - Tel.

ULARGUI

16 - MADRID

VIRAS BRUGUERA

telefono 79132 - BARCELONA

PERSONAJES

<i>Carmen</i>	IMPERIO ARGENTINA
<i>José</i>	RAFAEL RIVELLÉS
<i>Antonio Vargas</i>	MANUEL LUNA
<i>Comandante Ramírez</i>	Alberto Romea
<i>Miguel</i>	Anselmo Fernández
<i>Salvador</i>	Pedro Barreto
<i>Dolores</i>	Margarita Simó
<i>Sargento García</i>	José Prada
<i>Juan</i>	Pedro P. Cuenca
<i>Capitán Morales</i>	Julio Roos
<i>Asunción</i>	Carmen Miranda
<i>Triguero</i>	I. Noé Peña
<i>Mulero</i>	Juan L. Díaz

Ilustraciones musicales y y canciones de

I. MUNOZ MOLLEDA
y J. MOSTAZO

Letras de

KOLA-PADILLA REY
y PERELLÓ

Narración novelada de
M. OTEIN

CARMEN la de Triana

ARGUMENTO NOVELADO DE LA PELÍCULA

EL PRIMER ENCUENTRO

A mediados del pasado siglo, al filo del atardecer de un bello día otoñal, caminaban hacia Sevilla un apuesto brigadier de dragones, seguido de su asistente, jinetes ambos en dos corceles de magnífica estampa. La ciudad de ensueño y de leyenda —sobre todo para ellos, hombres del norte de España— ofrecía ante sus ojos, ávidos de contemplar ambientes nuevos, la belleza de sus torres, descollando entre todas aquella maravillosa Giralda, tantas veces admirada a través de cuadros y dibujos.

No era sólo la fama de hermosa que la ciudad tenía lo que alegraba el alma de los caminantes con su vista; es que entre sus muros se hallaba el término de un viaje de varios centenares de kilómetros y,

por más que fuesen caballistas experimentados, sus huesos hallábanse harto molidos con tantos días de ajetreo.

Pasadas las primeras casuchas de un barrio miserable, que les dijeron se llamaba el de Triana, atravesaron un magnífico puente y fueron hasta el cuartel de dragones, adonde el bizarro brigadier iba destinado.

Al mismo tiempo que estos personajes avistaban la ciudad, en la puerta del cuartel ocurría un episodio que no podemos pasar por alto. El cuartel se hallaba contiguo a la cárcel celular, un caserón imponente adonde iban a dar con sus huesos cuantos tenían cuentas pendientes con la justicia. Cárcel y cuartel formaban un conjunto de edificios de aspecto imponente al

par que vetusto. A la entrada de aquella prisión, que en otro tiempo fuera inexpugnable fortaleza, había una verja de hierro de proporciones impresionantes.

Los caballeros a que hemos aludido anudaron a la verja las riendas de sus carsinas monturas sin parar mientes en la discusión que con el sargento García, jefe a la sazón del cuerpo de guardia, sostenía un individuo del pueblo, vestido de chupa corta, adornada con negros alamares, ajustado pantalón y emborlador sombrero. Completaba su atuendo la multicolor manta tan de uso común entre la gente de tronio, y de manera muy especial por los contrabandistas. Fué inútil que Salvador, pues así se llamaba el tal sujeto, pusiera en juego todas las dotes de su pintoresca dialéctica para convencer al jefe de la guardia.

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Lo mismo que se echa a un puerco!—protestaba Salvador—. Advierto a su Merced que no soy un cualquiera. ¿No ha oído hablar su Merced de Salvador Lorca, el picador de toros?

—Ni que fueras el mismo Rey. Fuera de los días de visita no se puede ver a los presos—le atajó el sargento con tono desabrido.

Y como Salvador intentase forcejear para colarse a través de la

puerta, su insistencia le valió una soberbia patada en la parte más carnosa de su cuerpo, bastante repleta por cierto de grasa. Excusado es decir que salió de estampía, rasándose con insistencia la parte dolorida. Ya en el barrio de Triana, lugar de su residencia, pasó ante Carmen la gitana, sin darse cuenta de que lo contemplaba la garridamozza. Contaría ésta poco más de veinte primaveras. Cuerpo juncal, talle cimbreante, más bien baja que alta. Su cabello ensortijado era del color de la endrina y el rostro enmarcado por aquellos bucles podía tomarse por el compendio de toda la gracia, picardía y hermosura de la mujer sevillana.

Salvador, que caminaba cariacontecido, cabizbajo y renegando a media voz, se vió detenido en su marcha por la voz de la gitana:

—¡Salvadiyo!... ¿No me conoces, rey del toro?—le gritó zumbona.

—¡Ojalá no te hubiera conocido nunca, mala mujé!—replicó malhumorado.

—¡Óle! Agradesia ar piropo, picad—repuso ella con alegre desonvultura, gratificándole con una de aquellas sonrisas que hacían perder la cabeza a tanto joven trianero.

Alguien ha dicho que las mejores armas de la mujer son el llanto y la

sonrisa. De Carmen la de Triana, como la llamaba Sevilla entera, puede decirse que su sonrisa era algo irresistible. Parecía que Dios le hubiera hecho su divina boca sin más objeto que el de sonreír para encanto del mundo entero. Quizá porque ella misma lo supiera es por lo que casi siempre mantenía a flor de labios una tan peligrosa. Acaso fuese también porque Carmen era la viva representación de la alegría, manifestada a través de aquel reír armonioso cual gorjeo de ave canora. Aquellos dos hoyuelos que adornaban ambas mejillas, la blancura de su impecable dentadura, el brillo de la mirada y aquel torrente de simpatía que parecía circundarla como un halo, eran cosas que difícilmente podía ver un mortal sin sentirse subyugado. Todo eso que en otra ocasión le hubiera hecho a Salvador el efecto de una corriente eléctrica, lo dejó indiferente al recibir el cariñoso saludo de su amiga.

—¿Quieres algo para Antonio?— le dijo ella mostrándole un paquetito que llevaba en la diestra.

—¿Pero es que te atreves a ir a verle?— protestó él, asombrado.

—Digo, y a llevarle un poquito de tabaco—repuso ella con altanería, iniciando la marcha.

—Espérate, chiquiyya. Vas a te-

ner la poca... bueno, iba a decir la poca vergüenza, pero no lo digo, pa que veas tú. Aunque sí, señor, sí lo digo. ¡La poquisima! Después de que el pobrecito está por tu culpa en la cárcel.

—¿Por mi culpa?—le atajó ella indignada, parándose en seco.

—¿Vas a negar que fuiste tú la que llamé al gitano pa darle achares a Antonio?

Carmen se puso a reír de muy buena gana, replicando:

—¿Que yo llamé al gitano? ¡Pese si no le había visto en mi vida?

—¡Embustera!—desmintió irritado Salvador—. ¡La maldición ha entrao contigo en nuestra casa. Ahora perdemos una corria en Córdoba y otra en Granada. ¡Casi ná! Las mejores del año.

—¡Y lo que tú te alegras con eso!

—¿Yo?

—Tú, valeroso, que cada vez que lees tu nombre en un cartel de toros tienen que hacerte una sangría.

—Bueno, poca guasa, ¿eh? Estoy hablando en serio. No vayas al cuartel y deja en paz al pobrecito Antonio. Además, no te dejarán entrar.

Carmen, que ya había emprendido su camino, al oír las últimas palabras de Salvador viró en redon-

do, exclamando con empaque de reina ofendida:

—¿Que no me dejarán entrar?
¿A mí?

—Ni a ti ni al mismo rey en persona. Me lo acaba de decir el sargento.

—¡Quita ya, saborío! — profirió con acento despectivo, apartándolo de delante de ella—. Tengo yo mucha calía pa entrar donde me dé la gana. Arrímate que vas a ver, cuando yo llegue, cómo forma la guardia.

—¡Pe fusilarte!

Carmen aceptó con burlona sonrisa la pulla de su amigo y emprendió el camino de la cárcel. Salvador siguió en pos de ella ansioso por ver cómo se las compondría su amiga para ablandar al carcerbero. ¡Menudo tío era el tal García para dejarse ablandar por súplicas ni carantoñas!

Dejemos que Carmen y Salvador prosigan su ruta para ver lo que pasaba mientras en el despacho del comandante Ramírez, a cuyo lado se hallaban el capitán Moraleda y otros oficiales de la guarnición. Sobre la mesa de trabajo del jefe yacía extendido un mapa de la región. El comandante iba señalando en el mismo a la vez que explicaba a sus subordinados:

—... en este último año hemos

descuidado bastante toda la parte de la sierra que va desde Medina Sidonia al Valle del Pinar que... se halla en esta parte... Ese macizo es ahora el mejo campo de operaciones de los contrabandistas y su entrada obligada es por Veger...

Dejó el puntero que el había servido para señalar sobre el mapa los lugares indicados y dirigiéndose al capitán Moraleda prosiguió:

—Capitán, hay que reforzar urgentemente todos esos puestos... Muchas gracias, señores.

La explicación del comandante coincidió con la entrada en la sala del brigadier José. Acicalado, con un uniforme impecable, el jinete censino que vimos penetrar por el puente de Tirana, resultaba un tan arrogante y marcial como bien parecido. Dió unos pasos al frente, se cuadró ante el jefe e hizo su presentación:

—Soy el brigadier Navarro, de la Comandancia de Vitoria.

El comandante correspondió al saludo y luego se dirigió a su ayudante:

—Capitán Moraleda, aquí tiene usted a su nuevo brigadier.

—¿Vasco?—interrogó el jefe.

—No, mi Comandante; de Elizondo, provincia de Navarra.

—Su hoja de servicios, me hace el favor.

José se sacó de la bocamanga unos papeles, los desdobló y se los entregó a su jefe. Mientras éste los leía, el joven fué interrogado por el capitán:

—¿Hacen servicios de policía en la Comandancia de Vitoria?

—No, mi capitán; pero todos conocemos allí el Reglamento.

—Sí, teorías que en la práctica no sirven para nada—le replicó escéptico—. El contrabandista andaluz, enemigo con quien hemos de luchar, es audaz, valiente, y estamos obligados a superarle en todo.

—Comprendido, mi capitán.

—Y ante todo —concluyó éste como última recomendación— tenemos que hacer verdadero alarde de austeridad en las costumbres. ¡Ah! y muy poco trato con la gente del pueblo.

En tanto que el brigadier José recibía de su jefe inmediato las instrucciones debidas, Carmen, a la puerta del cuartel, trataba en vano de conquistar al centinela, que, rígido como un muñeco de palo, montaba la guardia junto a su garita.

—¡Oye, buen mozo! ¿Me dejas entrar? Venía a ver a un pobrecito preso.

El soldado, inmóvil como un monolito, parecía no oír nada. Carmen se acercó más, hasta rozarle casi

la cara con la suya y murmuró a su oído:

—¡Ay, hijo, no pongas esa cara, que no soy tan fea!

Ante la pasividad absoluta del muchacho, Carmen le gritó irritada:

—¡Mirame ya, malange!

Pero como si se lo hubiera dicho a la pared, Salvador, desde lejos, miraba regocijado la escena. Carmen se apercibió de ello y decidida a vencer toda resistencia, sacó una moneda, pasándosela al chico por delante de la cara. Este pareció bizquear un tanto al ver el dinero, pero no movió ni un músculo.

—Vamos, hombre, ya creí que eras de cartón...—monologué—. Mira, un doblón tengo. ¡Como un sol! Para ti, precioso, si me dejas entrar.

Acto seguido, con mucho disimulo, se lo metió en uno de los bolsillos, al par que le decía en voz baja:

—Toma, pa que te lo bebas a la salud de Carmen la gitana.

Hecho esto se dispuso a franquear la verja, pero en aquel mismo instante el rígido vigilante, con gesto brusco, le puso el sable ante el pecho, interceptándole el camino. Salvador, desde su observatorio, seguía toda la acción con regocijado

somblante. El sargento García salió en aquel preciso instante del cuartel y al sorprender en la descrita actitud al centinela y a la gitana, se encaró bruscamente con ella.

—¿Qué haces tú aquí?—la increpó.

—Na, general, que he sabio que tenéis enchiquerao a Antonio Vargas, el torero, y aquí le traigo un poquito de tabaco y unos dulces de Santa Clara.

—Aquí no puedes ver a nadie, fuera.

—Ay, no te hagas el malo, que eres bueno como el pan bendito.

—¡Que te largues de aquí, he dicho!—añadió sin hacer caso de los arrumacos y zalemas de la gitana. Así diciendo, la cogió de un brazo y la zarandeó.

—¡No me toques, inquisidor!—protestó la chica—. Que ya me voy.

Visto el fracaso de su tentativa, Carmen se acercó cautelosa al centinela, que continuaba sin mover pie ni pestaña, y le quitó la moneda que antes pusiera en su bolsillo. Salvador se refrotaba las manos de gusto, al ver el fracaso de la chica. Intentó ésta realizar una nueva tentativa para franquear la verja. Lo advirtió el sargento y de un empujón dió con Carmen en el suelo.

—¡Verdugo, sepulturero, mala sangre!—insultó ella levantándose. —No tienes valor más que para maltratar a las mujeres.

Quiso la mala estrella del sargento que el brigadier José saliera en aquel momento de la Comandancia y presenciara la última parte de la escena que llevamos relatada. Desde lo alto de los escalones gritó indignado al sargento. Los bajó en dos saltos, ayudó a Carmen a levantarse y encarándose con su subordinado le dijo:

—Es indigno de un soldado español maltratar así a una mujer!

Al sargento García no le cabía en la cabeza que su superior hubiera salido en defensa de una mujer de la raza de Carmen. De ahí que le contestara mirando a la chica con aire despectivo:

—Es una gitana, brigadier,

—Es una mujer—le repuso con energía el aludido.

Carmen, incapaz de comprender la cortesía de aquel hombre nortño, creyó que había flechado al militar y le premió su intervención con la más coqueta de sus sonrisas. Ignoraba la chica que el militar, por espíritu de caballerosidad innato en él, producto del ambiente en que había vivido, hubiera defendido con el mismo tesón que a ella a la más fea y harapienta de las mujeres se-

villanas. De la misma forma que el militar estaba muy lejos de sospechar existiera en la maravillosa ciudad una raza inferior, dada a todas las rapiñas, simulaciones, mentiras e ingeniosidades que puede inventar el género humano para vivir sorteando la maldición del Padre Eterno: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». José y Carmen no solamente eran antípodas por lugar de nacimiento: lo eran tanto o más desde el punto de vista espiritual.

Si al principio salió en su defensa sin saber si la mujer era guapa o fea, joven o vieja, es lo cierto que al verla frotarse un hombro, lastimado al parecer, y al sentirse acariciado por aquella sonrisa tan cautivadora, José sintióse instintivamente interesado por la joven y preguntó al sargento:

—¿Qué quiere?

—Ver a unos presos, brigadier.

—Pídale excusas, y...—vacilando un poco añadió—acompañela a donde está el preso que quiere ver.

Esto último lo dijo en voz muy bajo el sargento, pero al oído maravilloso de Carmen no se le escapó una sílaba. De aquí que mirase a Salvador triunfal, retadora, y franqueara el portalón ante García con aire de reina.

Mal de su grado, García tuvo que

seguirla. Era una orden superior. Cruzado que hubieron la larga explanada, franquearon un portón enorme y adentráronse por pasillos y corredores. Por último llegaron a la galería en una de cuyas celdas estaba Antonio Vargas, el famoso matador que sufría condena por causa de Carmen. Las tales celdas consistían como una especie de inmensas jaulas de grandes barrotes de hierro que iban desde el techo hasta empotrarse en un grueso muro que no tendría más de un metro de altura. Antes de llegar a su destino, Carmen oyó silbar, rumor de conversaciones y no pudiendo contener su impaciencia llamó al preso con voz estentórea.

Este, al oír aquella voz conocida dejó de silbar la canción que tarareaba para mitigar su aburrimiento. Oyó el rítmico trepidar de unos zapatos militares y el breve taconeo de unos pies femeninos, pero hasta que no tuvo ante sí a la mujer de sus sueños no dió crédito a lo que segundos antes percibieran sus oídos.

—¿Cómo has podido entrar?—preguntó estupefacto y transfigurado de alegría.

—Ya ves... Güenos corazones que hay en el mundo—dijo mirando con sorna al sargento—. Dale las gracias aquí, al emperador.

—¡Dios se lo pague, sargento!—
murmuró Antonio, agradecido.

García correspondió al preso con una inclinación de cabeza nada amistosa y se fué para que hablaran con mayor libertad. Carmen sacó el paquete que llevaba y se lo dió al joven, a través de los barrotes. Luego, reparando en la amplitud y confort relativo de la celda de Vargas, comentó:

—¡Chavó, si estás aquí mejor que un rey!

Y muy por lo bajo añadió:

—Oye, ¿cuánto tiempo te ha salido?

—Dos años y medio.

—Anda, y con propina. ¡Mira que dos años y medio por un pinchacillo de ná!

—O cincuenta onzas de multa si no quiero estar encerrao tanto tiempo.

—¡Qué barbaridad! —murmuró ella pegando su cara a los barrotes—. ¿Qué te parece lo caros que se han puesto los gitanos? Bueno, ya veremos de dónde sacamos ese capital.

—¿Qué piensas hacer?—inquirió él envanecido.

—Pagarte lo que te debo, nada más—repuso ella orgullosa—. Por culpa mía estás aquí y por mí te han de soltar.

De una de las celdas vecinas lle-

gó hasta ellos el eco de los rasgueos de guitarra y las notas de una canción cantada por un preso.

—Te agradezco tu buena intención, Carmen, pero ya está el dinero en camino.

—¡Qué hemos de hacerle! Ya has visto cuál era mi propósito. Toma este tabaco y estas yemas. No ha podido ser más.

—Veo que te acuerdas de mí y con eso me basta—dijo él con aire conquistador.

A lo que replicó Carmen con despectiva sonrisa:

—No te hinchas, pavo real, que aún no ha amanecido.

Tras contemplarla unos momentos embelesado, Vargas le preguntó con ansiedad:

—¿Dónde podré verte cuando salga de aquí?

—¡Uy! En ningún sitio y en todas partes—esquivó ella, coqueta.

—Cuando salgas de aquí ya me habrás olvidado.

El muchacho le tomó afanoso ambas manos, como si con aquel doble apretón quisiera demostrarle que su pasión sería eterna. Nuevamente volvió a sonar la guitarra, acompañada también por la voz del preso. Al terminar éste la primera copla, Carmen, conocedora de la canción, la continuó a compás de la música.

Mejor quisiera estar muerto.

*Mejor quisiera estar muerto
que verme pa toa mi vida
en este penal del puerto.
Puerto de ...
Puerto de Santa María.*

*Centinela... Centinela,
tú has tinto la curpita
que pase la noche en vela.
Centinela... Centinela,
tú has tenido la curpita
que pase la noche en vela.*

En cuanto Carmen comenzó a desgarnar las primeras notas con su voz maravillosa, los presos se agolparon todos en los barrotes de sus rejas, como si con ello pudieran oír mejor. Cesaron las voces por ensalmo. La joven, al apercibirse de ello, fué andando por el largo pasillo, sin cesar de cantar. Hubiérase dicho que los penados pretendían comérsela con la mirada. Para aquellos pobres desdichados, sumidos en la lobreguez de una mazmorra, la aparición de Carmen era como la visión maravillosa de un rayo de sol columbrado entre las tinieblas. Ella, como si no percibiera la muda adoración de que era objeto, prosiguió andando y cantando su copla:

*¿Adónde irá ese barquito
que crusa la mar serena?
Unos dicen qu'Almería
y otros que pa Cartagena.*

*Ay... Ay... Ay...
Ay... Ay... Ay...
Barquito de vela
que viene de Cal,
que viene de Cal,
de aquella bahía,
que viene de Cal,
de aquella bahía.*

*y no llega al puerto.
Puerto de ...
Puerto de Santa María.*

Ay... Ay... Ay...

Terminada su copla la bella gitana fué objeto de una ovación delirante y de los piropos más entusiasmados que jamás recibiera mujer alguna. La jarana armada por todos motivos que compareciese de nuevo el sargento García ordenando silencio a grandes voces y conminando a Carmen con su salida inmediata. La chica, que a la sazón se hallaba de nuevo junto a las rejas de la celda del torero, protestó mimosa:

—Espérate, almirante. ¿Te has creído que la cárcel es tuya? ¿La vas a heredar?

Y volviéndose hacia el preso, exclamó:

—Adiós, Antonio.

—¿Ni siquiera me das la mano, mujer?—dijo descorazonado por tan fría despedida.

—¿Por qué no? ¡Ahí van las dos!

Antonio las cogió afanoso y puso entre ambas su cara. Mientras el sargento García la conminó de nuevo a marchar.

—¡Déjale que acabe, cataclismo!—arguyó la joven.

Antonio, al levantar la cabeza, miró al clavel que su amada lucía sobre su cabellera y se lo pidió como recuerdo.

—Has llegado tarde, hijo—coqueteó ella, para interesarlo más—. Ese clavel ya tiene dueño.

—¿Quién?—inquirió.

—Uno que ha sabido defenderme como un caballero.

—Dime su nombre—repitió él con voz amenazadora.

—¡Ay! Pregúntaselo a Salomón, que lo sabe todo.

Antonio extendió amenazador la mano, y Carmen, asustada, le entregó uno de los claveles que él recogió con aire de triunfo murmurando:

—Está bien, Carmen.

Nuevamente volvieron a sonar las recias botas, a compás del dulce taconeó, y pareció como si de las cel-

das se fuera de repente toda la luz. García corrió el pesado carrojo y salieron ambos a la gran explanada, alumbrada por un sol esplendoroso. Allí fuera, al menos, vibraba la vida con toda su magnificencia. A la puerta del cuartel se hallaba formada una sección de dragones. En torno a una mesa varios oficiales, y entre ellos José. Carmen, dando un rodeo, se encaminó hacia el grupo, dirigiéndose francamente hacia José. Este y sus compañeros, extrañados ante la actitud de la hermosa mujer, dejaron de hablar. Al llegar junto al brigadier, se desprendió de uno de los claveles que adornaban su cabellera y se lo entregó sonriente.

Uno de los brigadieres se aventuró a decirle en son de broma:

—¡Anda, Carmen, báilanos algo!

Ella, sin replicar, fué entonces hacia la garita del centinela diciéndole:

—A ver si alguna vez te da un dolor de barriga pa que tengas que doblarte a la fuerza. Digo, si parece que te has tragado el palo de la bandera.

Y luego, desde lejos, dirigiéndose al grupo de oficiales, pero más concretamente a José, gritó:

—El que quiera ver bailar a Carmen, que vaya esta noche a Triana, a casa de Mulero.

EN EL «MULERO»

EL café del Mulero, donde se hallaba contratada Carmen como cantatriz y bailarina, en calidad de máxima atracción, era uno de los típicos y famosos del barrio de Triana.

La actuación de Carmen motivaba que no quedara palco por llenar y que en torno a cada mesa se acumularan doble cantidad de personas de las que realmente podían caber en el local. Atmósfera espesa, cargada de humo de tabaco y de risas. Ambiente de alegría, por el que van y vienen, como pelotas lanzadas, las más agudas sátiras y bromas del fluido ingenio sevillano. Cuando entró allí José, vestido de uniforme, Carmen se hallaba sobre el tablado, cantando la popular copla de «Los Piconeros»:

Ya se ocultó la luna,

*luna, lunero,
ya ha abierto su ventana
la piconera.
La piconera mare,
y el piconero
va a la sierra cantando
con el lusero.
Ya viene er día,
ya viene, mare,
ya viene er día,
ya viene, mare,
alumbrando sus claras
los olivares.*

*¡Ay!, que me diga que sí.
¡Ay!, que me diga que no.
Como no lo ha querido
ninguna, la quiero yo.
Mi piconero, como er picón,
por tu culpa, culpita, yo tengo
negro, negrito mi corazón;
por tu culpa, culpita yo tengo
negro, negrito mi corazón.*

*Faja de sea lleva
mi piconero,
y un marsellé
bordao de tersiopelo,
de tersiopelo, mare,
y en er sombrero
una cinta que dise:
por ti me muero.
Ya viene er día,
ya viene, mare,
alumbrando sus claras
los olivares;
alumbrando sus claras
los olivares.*

El clamor de aplausos que superaba cada final de copla demostró a José la idolatría del público por la muchacha. En tanto que espectadores y cantadora coreaban a la par el refrán de la canción, observó despacio aquel ambiente tan nuevo para él y al fin se sentó en la única mesa vacía, no tardando en verse rodeado por varias gitanas de las que actuaban como mariposas en el salón. Su vista y su atención no pararon mientes en las advenedizas, por la sencilla razón de que sólo tenía ojos y oídos para ver y oír lo que pasaba en el tablado. Una gitana, la más bonita por cierto, de las que se acercaron para hacerle compañía, le echó uno de sus desnudos brazos por encima del hombro. Pero José se hallaba tan abs-

traído que no paró mientes en ello. En cambio a Carmen no le pasó inadvertido el detalle. Ni a la gitana guapa le pasó tampoco por alto la atención con que Carmen se fijaba en ellos. Acaso fué por ello, por dar achares a la «cantadora», por lo que quitó el clavel que José lucía orgulloso sobre uno de los ojales de su guerrera. Carmen al ver aquello frunció el ceño con rabia. No dejó de cantar ni de sonreír al público conforme iba desgranando la canción, pero quien quiera que la conociese bien hubiera apreciado que bajo su rizosa cabellera se estaba incubando una tempestad. Al terminar la copla, entre aplausos ensordecedores, descendió del estrado, saludando a derecha e izquierda y se dirigió a la mesa del brigadier. Un solo gesto le bastó para que la gitana usurpadora huyese atemorizada. Carmen la siguió con una mirada que no tenía nada de amistosa y cuando llegó al lado de su amigo se halló con la agradable sorpresa de que éste todavía continuaba aplaudiendo.

Antes de que pudieran cambiar otras palabras que las del breve saludo se acercó a la mesa un camarero. José invitó a su amiga. Carmen rehusó, porque nunca tomaba nada y el brigadier pidió un poco de Jerez, más que por beber para

ahuyentar el inoportuno testigo. Y la gitana, que desde aquella mañana sentía su cerebro atormentado por una duda, apenas el mozo se hubo marchado, apoyando su diestra sobre el brazo de José le preguntó en tono confidencial:

—Oye, ¿lo que has hecho por mí esta mañana, lo hubieras hecho por una mujer cualquiera?

—igual.

—¿Aunque hubiera sido una
ereñúa?

—No sé lo que es una greñúa,
pero lo mismo.

—¡Lo comprendo! — murmuró decepcionada—. ¡Eres un caballero! ¡Y yo que me había figurao!...

Disponíase a su vez José a decirle en tono confidencial cuando llegó el camarero con lo pedido. Curioso, en su afán de sorprender alguna palabra iba depositando el servicio con pasmosa lentitud, hasta que advertido esto por Carmen lo despidió con cajas destempladas. La trascendental actitud del brigadier se cambió por otra indecisa y al final preguntó con afectada despreocupación:

—¿Quién es ese preso que has ido a visitar esta mañana?

Por el cuerpo de Carmen pasó como una corriente de satisfacción al ver que había excitado los celos del militar. Se guardó sin embargo

de mostrar su contento y para excitarlo más dílo con firmesza:

—Un hombre que me quiere.

—Y nū a ēl?

Por toda contestación se puso a tararear una coola.

—¿Qué cantas?

—¿No conoces esta canción? Es un romance que le han sacado a Antonio Vargas Heredia. Escucha.

Así diciendo, se levantó de la mesa sin hacer caso a José, que intentaba retenerla, hizo un gesto a la orquesta, y empezó a cantar.

Con un clavé grana, sangrando
[en la boca,
con una varita de mimbre en la
[mano,
por una vereca que llega hasta el
[río
(iba Antonio Vargas Heredia al
[gitano,

Entre los naranjos, la luna, lu-
ponía en su frente su tû de asahâ
y cuando apuntaron los claros
llevaba reflejos der verde olivâ.

Antonio Vargas Heredia,
fló de la raza calé,
cayó er mimbre de tu mano
y de tu boca er clavé,
y de tu boca er clavé.

*De Puente Gení a Lusena,
de Loja a Benamejí,*

*De Puente Gení a Lusena,
de Loja a Benamejí,
las mosilas de Sierra Morena
se mueren de pena
gorando por ti...*

*Antonio Vargas Heredia,
se mueren de pena
gorando por ti.*

*Era Antonio Vargas Heredia
[er gitano,
er más arrogante y er mejó plan-
[tan,
y por los contornos de Sierra Mo-
[rena
no lo hubo más bueno, más gaupo
[ni kanrao,
Pero por curpita de una hem-
[bra gitana
su faza en er pecho de un hombre
[se hundió,
y los celos marditos nublaron sus
[ojos
y preso en la trena de rabia lloró.*

*Antonio Vargas Heredia,
fló de la raza calé,
cayó er núbre de tu muno
y de tu boca er clavé,
y de tu boca er clavé.*

Carmen iba cantando su canción, sin subir al tablado, por entre las mesas del local. La cantaba para Jo-

sé sin dejar casi de mirarle. Durante unos momentos incluso cantó junto a la mesa de él. Mientras cantaba su canción pudo advertir como la gitana que antes tratara de robárselo pugnaba por acercarse hacia el mozo sin ser vista por Carmen. Ante una rabiosa mirada de la cantadora, la gitana optó por andar ocultándose tras las columnas, hasta que otra iracunda mirada de su rival le dió a entender que había descubierto su juego. José bebió a la salud de Carmen quien, sin dejar de cantar le agradeció su delicadeza con una sonrisa. Su rival iba a despegarse de la columna cuando advirtió que la bailarina no le quitaba ojo, por lo que prefirió quedarse en su sitio. Terminada la canción entre frenéticos aplausos, la moza volvió a sentarse junto al brigadier, no sin lanzar antes una mirada de reto y desprecio a la que quería darle achares. Esta se encogió de hombros despectiva y fué a sentarse a otra mesa, al lado de un viejo.

Carmen tomó el vaso que le había servido José, bebió y a continuación dijo:

—Ahora ya sabes quién es el preso del cuartel de Dragones.

—Sí. Un gran matador de toros y un caballero que arriesga la vida por ti.

—Tú no puedes comprender esas cosas—arguyó despectiva—. Eso no lo harías nunca.

—¿Quieres probarlo, Carmen?—exclamó, ofendido por aquel tono de desprecio.

—¿Serías capaz de quererme así?—súrrró mimosa—. Déjame, eres de palo, frío como el mármol. ¿Qué sabes tú de cómo se quiere en Sevilla?—concluyó con su cara pegada casi a la del oficial.

—¿Que no lo sé?—continuó él electrizado, cogiéndole ambas manos—. Si te estoy queriendo desde esta mañana, cuando te vi llorar en el patio del cuartel de Dragones. ¿Ves si han pasado pocas horas? Pues me parece que te he querido siempre.

—Esto no lo crees ni tú mismo, brigadier.

Interin los que ya podemos llamar enamorados tenían el coloquio que acabamos de transcribir ocurría en el local algo digno de contarse. Los admiradores de Carmen, que lo eran todos, no veían con buenos ojos que el oficialillo la acaparase por tanto tiempo. Otros, sin sentir lo que pudiera llamarse propiamente celos, los que habían ido exclusivamente por verla actuar, estaban impacientes. Es por ello que intervino Mulero, velando por sus intereses, y le obligó a dejar la gra-

ta charla para que fuese al tablado.

—¿Por qué no dejas esta vida, Carmen?—le dijo el muchacho, queriendo retenerla todavía a su lado.

—¿Por qué? Porque soy gitana y gitana tengo que morir—sentenció desasiéndose—. Y el hombre que me quiera tiene que quererme en mi terreno.

—Carmen!—suplicó.

—Anda, vete, que no quiero que estés aquí mientras yo trabajo—concluyó ella yéndose hacia el escenario.

Mal de su grado, tuvo el enamorado que resignarse. Al levantar la vista halló ante sí a la gitana guapa, que libre el terreno por la marcha de Carmen volvía por los fueros de su conquista. Tomó el vaso donde acababa de beber José y poniendo sus labios en el mismo sitio, apuró el resto. La acción de la gitana fue vista por Carmen, quien ciega de cólera se fue hacia la intrusa corriendo y sin que mediara palabra entre ambas le asestó una bofetada que la dejó paralizada. Acto seguido tomó el vaso y lo estrelló contra el suelo. Encolerizada la otra, la cogió del moño y Carmen logró libertarse de un puñetazo. El revoltijo que se armó no es para descrito. Formóse en torno a ambas un grupo compacto. Los partidarios

de Carmen, chicos jóvenes la mayoría, animaban a su favorita, en tanto que los señores más serios pugnaban por separarlas. Ambas habían caído al suelo y la gitana tenía a Carmen sujeta por el cuello, con afán de estrangularla. José quiso romper el cerco de masa humana para separarlas, pero le fué imposible. Carmen, viendo que no podía desasirse de aquella mano que apretaba como una garra, tanteó por el suelo en busca de algún objeto que le permitiera pegarla y dió con el culo del vaso roto. Esgrimiéndolo a guisa de cuchillo le marcó una cruz en la mejilla, por donde sangraba en abundancia.

Al sentir el calor de la sangre la herida empezó a dar gritos espantosos. Ayudado por Mulero, José consiguió llegar al fin a separarlas. En tanto que el dueño del café, intentaba en vano restañar la sangre, José contenía a su amada que, ciega de rabia, pugnaba por precipitarse de nuevo sobre su rival. Por fin, Mulero, mientras otros se hacían cargo de la gitana, cogió a Carmen casi en volandas, la llevó a su carne-

rino y la encerró prudentemente con llave. Varios espectadores, guiados por la curiosidad, intentaron seguir a la muchacha que se llevaban herida, lo que impidió José con gesto enérgico. Ya estaba la chica a la puerta del local cuando acertó pasar por allí la ronda de vigilancia nocturna, mandada por el capitán Moraleda. Al preguntar al brigadier qué había sucedido allí, éste quedó un tanto cortado.

—Nada, mi capitán, dos chicas...

—No ha sido nada, señor—intervino Mulero, que a toda costa quería que pasara la cosa como incidente sin importancia por la cuenta que le tenía—. No vale la pena ni de hablar de ello. Una ballarina que le ha tirado del pelo a otra...

—¿Y sólo de eso le chorrea sangre por la cara?—le atajó enérgico Moraleda—. Esta es la segunda bronca en una semana. A la tercera te cierro el café.

Y dirigiéndose al brigadier le ordenó:

—Detenga a la culpable y llévela al cuartel.

UNA ORDEN DOLOROSA

ANTES de que José pudiera decir nada, su jefe dió media vuelta y se fué. Era la orden de un superior y no tenía más remedio que cumplirla. Lentamente fué al camerino donde Carmen se hallaba encorrada, no sin antes pedir la llave a Mule-ro. Algunos curiosos de los pocos que todavía quedaban en el local —pues la mayoría se fueron por miedo— siguieron en pos de José hasta la puerta misma del aposento. Este abrió y lo cerró de un portazo, dejando defraudados a los mirones.

—¿Cómo has podido hacer eso?
—murmuró acongojado.

—¡Y le sacaré los ojos!—gritó ella, agresiva.

—¿Estás loca?

—¡Déjame!

José vaciló unos momentos antes de pronunciar aquella palabra que tanto hubiera dado por no tener que pronunciar. Sin embargo, como

el deber estaba por encima de él... Con voz velada por la emoción se decidió al fin:

—Buena, vámonos—ordenó.

—¿Adónde?—exclamó ella con el asombro pintado en sus ojos.

—Al cuartel.

—¿Preso?

—¡No tengo más remedio!

—¡Ay, mal nació!—gritó ella con su desparpajo andaluz—. ¿Me sueltas el pelo por ti y me quieres enchi-querar? ¡Mal tiro te den, charrán, desagradecio! ¡Ni arrastrá!, ¿oyes? ¡Ni arrastrá!

—Comprende, Carmen; llevo uniforme y aunque me llegue al alma, tengo que cumplir con mi deber.

—¿Y para que tú cumplas con tu deber, quieres que me pudra yo en un calabozo?

—Entonces—repuso él molesto

—¿quieres que me castiguen a mí? Ante aquella alternativa la bal-

larina quedó indecisa y José prosiguió:

—Créeme, Carmen: si supiera llorar llorarla, porque lo que hago contigo me duele más que a ti misma.

En aquel momento, por la ventana del camerino llegó hasta ella el eco de unos toques militares.

—Eso es para ti. Ya te puedes marchar—indicó Carmen.

—Bien, quédate. Me presentaré yo solo.

Aquella resolución inesperada de su amado la hizo vacilar.

—Espera. ¿Quién me habrá metido a enamorarme de un justiciero! Pero aguarda, ¡que te vas a ver ahorcado por mi culpa! ¿Cuánto tiempo me va a salir de cárcel?

—No sé, poco.

—¿Y a cuánto llamas tú poco?—inquirió con cómica seriedad.

—Veinte días... un mes... según.

—No voy. ¿oyes?, ¡no voy!—gritó exasperada.

José, sin atender a más razones, la cogió de un brazo y la sacó del cuarto, empujándola suavemente. En el local no quedaban más que algunos muchachos jóvenes. Los de más edad, temerosos de que se reprodujese la bronca, habían ido a sus casas.

Al pasar frente al mostrador, Carmen se encaró con Mulero, pre-

guntándole con marcada segunda intención:

—Oye, Mulero, ¿verdad que cuando los gitanos quieren de verdad saltan por encima de todo?

Mulero afirmó con la cabeza, sin meterse en más dibujos y siguió su labor.

—En cambio, los payos—murmuró mirando a José—la llevan a una a la cárcel pa cumplir con su deber... ¡Vamos ya, y no te enredes los pies con el sable!

Al llegar a la calle lucía una luna espléndida. En el aire flotaban aromas de jazmines y rosas, que Carmen aspiró con avidez. ¡Y pensar que en una noche tan hermosa tenía que ir a encerrarse para no ver so! en muchos días! Tras unos momentos de duda, Carmen siguió con desgana al brigadier. Iba cabizbaja, mustia, arrastrando casi los pies. ¿Qué se había hecho su taconeo que traía electrizado a medio Sevilla?

—¿No te parece—murmuró al cabo de un rato—que podríamos dejá lo de la carce pa mañana, hijo? Es que... con esta noche tan sevillana, da una pena...

—No hay más remedio, Carmen.

Ella persistió, fiada en la mágica atracción de su personalidad:

—Anda, un ratito siquiera, pa que yo me despida de mi Triana y de mi río.

—Bueno—asintió él, tras unos segundos de interno forcejeo.

Caminaban en silencio, bañados por la penumbra lunar, atormentado cada cual por sus propios pensamientos. Así llegaron hasta el puente. Carmen se sentó sobre el perfil. En el espejo de las aguas del río, apenas rizadas por la mansa corriente, titilaban reflejados millares de puntos luminosos y hacia el centro, semejante a un faro aprisionado entre el lócano, veíase reflejado el gran disco de la luna, que Carmen parecía contemplar fascinada. De lejos llegaban los ecos de una melodía feñaha. Carmen, marginalmente al principio, cantando después, comenzó a recitar entre suspiros un bello romance:

Triana, ¡ay, mi Triana!
Lo mismo que un puñal
en mi arma se clavó
la penilla de tenerte que dejó,
¡rosita perfumál... ¡Triana!,
que tan pronto como al mundo yo
[Hegué
la suerte pa mí fue
tirana...

*¡Ay, barrio mío!
Nunca te olvida.*

Soleares, trianeras,
quejidos del arma son...
en la copia que canto
yo pongo... mi corazón...

*Puentesito de Triana,
por ti tendré que pasar,
y la cara iré gorviendo,
Triana, donde tú estás.*

De tu río en el cristal
muchas veces me miré,
y en tus calles de jazmines per-
fundo

la frente me besó
la luna...
Yo no tengo más tesoro ni cuna
que el barrio que me crió
mi cuna...

*Ay, las campanas
de mi Sant'Ana...*

Soleares, trianeras,
quejidos der arma son;
más floría, cuando güerva,
'Triana', te he de ver yo...
Te perdí ya, barrio mío,
igual que el moro a Granada,
si será grande mi pena
que ya no sé... ni podré...

A Dias pongo por testigo:
si grande ex mi carpita,
si grande ex mi carpita,
mås grande fue mi castigo,
mås grande fue mi castigo.

Terminada la canción, Carmen quedó un momento silenciosa, y luego se dirigió al brigadier preguntándole preocupada:

—Oye, José, dicen que en el calabozo hay ratones y bichos de esos...

José se encogió de hombros y ella prosiguió:

—¿Es verdad, hijo? ...¿y allí quieres tú llevá...

Carmen no sabía qué hacer. Iba dando tiempo al tiempo y agotando la paciencia del amado, que parecía inagotable, esperando que un azar fortuito le permitiera eludir el cumplimiento de la sentencia que sobre ella pesaba. ¡Y qué bien se estaba a la vera del río, aspirando brisas de rosas y azahar! En una de aquellas pasadas, mostró sus zapatos de tisú, la falda de cola y suplicó mimosa:

—Yo quisiera cambiar mi ropa por otra peor. ¿Quieres?

—¿Está muy lejos tu casa?

—No, aquí mismo, a la vuelta.

Accedió José, y fueron hacia el nido de Carmen con el mismo paso lento, muy pegaditos el uno al otro, de forma que a la luz de la luna parecían una sola sombra. Cuando ascendían la pinta cuesta de la calleja donde vivía la actriz, el reloj de la Giralda dejó oír las campanadas de las dos de la madrugada.

La casa de la bailarina constaba de una sola habitación espaciosa, a uno de cuyos extremos se veía una puerta, dando paso a la cocina, no

mayor que un armario algo grande. La luz de la luna iluminaba bastante bien la estancia. No obstante, Carmen, después de correr los limpios y algo deteriorados visillos del balcón, encendió una de las velas de la hornacina de su Macarena. Lo único que llamaba la atención del modesto ajuar era la cantidad de vestidos, colgados de perchas. José tras el balcón contemplaba la majestad de la noche. Dejó su gorro sobre una mesita y la actriz le ordenó que se volviera de espaldas. Interín cambiaba ella sus ropas. Hizo lo así y vió reflejado en el cristal la maravillosa silueta de la moza. Encendidos los ojos, tremante la voz, musitó el nombre de ella, con intención de advertirla.

—¿Qué quieres?—repuso ella, también con voz queda.

—No... nada.

Carmen arregló un poco su cabello ante el espejo, y al terminar exclamó: —Por mí ya estamos.

—¡Ah, sí, cuando quieras!—dijo el muchacho, saliendo de su abstracción.

—Cuando quieras tú—articuló ella, queda y doloridamente.

Y luego, acercándose, suplicó zarzatera:

—Una cosa te voy a pedir, hijo... que no permitas que me aten las manos.

Se las tendió para que se diera cuenta de que unas manos así no podían ser atadas, y José las cogió, besándolas repetidamente. Entonces Carmen lo atrajo hacia sí apasionada y mientras él la besaba, a tientas, apagó la vela de un manotazo. Eva había triunfado. Fué un arrebató momentáneo, pasado el cual José tomó su gorro y se marchó solo.

Pocos días después hallábanse formadas las tropas en la explanada del cuartel. Frente a la fuerza toda la oficialidad, excepto José, que se hallaba en un extremo, custodiado por dos soldados. Empezaron a redoblar los tambores y lo condujeron hasta el centro. El comandante Ramírez desarrolló un papel y al cesar el ruido de los tambores comenzó a leer una sentencia que acababa así:

«...y por el delito de abandono de servicio, condenamos al brigadier José Navarro a la pérdida de todos sus grados.»

En aquel momento el capitán Moraleda se acercó al sentenciado, que parecía abatidísimo, y le recogió su sable. Luego le arrancó galones e insignias. Hecha la degradación, el comandante concluyó la lectura: «...y a la pena de 2 años de reclusión en el castilló de Gibralfaro.»

La tropa rompió filas a las voces de mando y José volvió conducido al calabozo.

Al día siguiente, antes de amanecer, salía hacia su destino, en una carreta regimetal, custodiado por tres soldados con armas. La salida del sol los sorprendió ya en plena sierra, trepando por una carretera que más bien parecía camino de cabras. José sentía su cuerpo magullado por los tumbos del carro-mato al pasar por encima de las piedras. Estaba desesperado. De pronto vino a turbar la negrura de sus pensamientos el ruido de un disparo. Al parar los dragones el carro oyeron a lo lejos el grito angustioso de una mujer. Los dos que iban sentados a la trasera, vigilando al preso, se aventuraron montaña arriba por entre la maleza para socorrer a la desdichada, que supusieron atacada por algunos maleantes o contrabandistas de los muchos que pululaban por aquellos agresivos parajes serranos. El carro había parado al borde de una cortada, cubierta de ramaje. Cuando los dos soldados hubieron desaparecido tras el saliente de unas rocas, un sujeto disimulado en lo alto de la cortadura saltó con agilidad de gato al pescante y agarró al conductor, tapándole la boca. A renglón seguido aparecieron otros varios, como bro-

tados de tierra. Dominado el conductor, atacaron a su vez a José, poniéndole también un trapo en la boca y ligándolo. Luego volvieron los mulos, les dieron unos fatigazos y salió el tronco como desbocado con dirección a Sevilla.

Los contrabandistas—pues tales eran los asaltantes, anmascarados por cierto—dejaron al soldado en medio del camino y cargaron con José como quien carga con un fardo, perdiéndose en la espesura. El horrible trepidar del carronato pendiente abajo motivó que los dragones exploradores volvieran sobre sus pasos, no hallando rastro del conductor, a quien los salteadores dejaron dentro del carro, ni del preso a quien, como sabemos, se llevaron consigo.

—¿Habrán sido los contrabandistas?—preguntó uno de los burlados.

—No, seguramente, los angelitos del cielo—replicó el otro con sorna.

Dejemos a los soldados, desandando a pie, hacia Sevilla, el camino que antes hicieran sentados, y vayamos en pos de los contrabandistas, por entre las fragosidades de Sierra Morena. Al llegar a un claro del bosque, cercano al lugar del asalto, pusieron a José cruzado a lomos de un caballo y de esta guisa

emprendieron la cuesta, cada cual en su montura. Poco antes de llegar a la cumbre percibieron dos silbidos especiales a los que contestaron de igual forma para tranquilizar a los centinelas. Al cabo de media hora de marcha llegaron ante una cueva enorme, cuyo interior aparecía sembrado por doquier de fardos y cajas. Descargaron al cautivo, obligándole a sentarse sobre un fardo y Miguel, jefe de la cuadrilla de libertados, se fué hacia el interior de la cueva. Triqui, otro de la cuadrilla, se arrodilló ante el brigadier, provisto de una lima y empezó a limar las cadenas que aprisionaban las muñecas del libertado. Estando en esta operación apareció la arrogante figura de Carmen ante los atónitos ojos del muchacho.

—¿Has hecho tú esto?—inquirió.

—¿Quién querías que lo hiciese, arma mía? Ya te dije una vez que los gitanos, cuando quieren de verdad sartan por tó. Ya ves si soy buena que te pago con oro una farsa mona. ¿Verdad que es buena la libertad? ¡Lo mejor que hizo Dios!

Carmen obligó a beber a su amado, para reconfortarlo. Al poco apareció ante los enamorados Miguel, el sujeto de quien ya hemos hablado, seguido de Juan, tipo fornido y algo mejor vestido que los demás. Por el respeto con que todos lo tra-

taban coligió José que el recién llegado debía ser el jefe de todos ellos. Parecía una excelente persona. Saludó al mozo, que le hizo bastante buena impresión, y lo puso en dos palabras al corriente de su nueva situación.

—Nuestro negocio, amigo, es éste. Un negocio como otro cualquiera. Entramos género de Gibraltar a España... Unas veces la cosa va suya y no pasa nada. Pero otras hay que dar el pecho y... en fin, lo del caso.

Todo lo que Juan tenía de llaneza y bonhomía, tenía lo Miguel, su segundo, de antipático y de reservón. A José no le fué grato el lugarteniente del jefe. Digamos en honor a la verdad que la antipatía y desconfianza eran mutuas, como suele acontecer casi siempre. Cuando se José departieron a sus anchas. El retiraron los bandoleros, Carmen y mozo se lamentó de que ella lo hubiera llevado a tal lugar, lo que justificó ella haciéndole ver que no le quedaban más que dos alternativas: próscrito o cautivo. La libertad un tanto azarosa de la sierra o el presidio. Aun estaba en situación de elegir. Ciertamente él había sacrificado su carrera militar, su nombre, pero ¿y ella? ¿No había sacrificado nada? ¿Acaso su persona no valía por todas esas cosas? Su cháchara y

el magnetismo de sus ojos acabaron por convencer al ex brigadier, quien concluyó emocionado:

—Puesto que éste ha sido tu deseo y me tienes aquí, haz de mí lo que te parezca. Seré contrabandista si he de serlo, para que tú me quieras.

Como premio a su rendición, José recibió un abrazo de su amada y la ropa nueva de contrabandista que Carmen había llevado a prevención en un hatillo.

En el cuartel, otro sujeto estrenaba ropa nueva, más ufano que un pavo real. El sargento García, recién ascendido, se probaba su guerrera de brigadier. En cuanto se hubo abrochado el último botón, pidió audiencia en el despacho del comandante.

—Se pondrá a las órdenes del capitán Moraleda—le mandó su jefe—en sustitución del brigadier José Navarro. Reorganizaremos el escuadrón para dar una batida a los contrabandistas. Es escandaloso. ¡Atreverse a raptar un preso militar!

—Yo no creo en la historia del rapto, mi comandante—se atrevió a objetar con cinismo.

—¿Cómo?

—El asalto fué de acuerdo con él mismo. Ésta es mi opinión.

—¡Esto es increíble! ¡Sería una vergüenza para el Cuerpo!

—En medio de todo—prosiguió vaciando la hiel que tenía en el cuerpo—creo que debe andar metida aquella gitana, mi comandante.

—Prefiero no creerlo—arguyó el jefe moviendo la cabeza—. No obstante, hay que salir inmediatamente para la sierra con los mejores hombres del escuadrón, descubrir el nido de los contrabandistas y traer a Navarro vivo o muerto.

Si lo sucedido en el despacho del comandante era digno de contarse, no era menos interesante para los lectores de esta historia el ver lo que acontecía en la explanada del cuartel, ante la verja de la cárcel. Salvador, el temeroso picador a quien ya conocemos, había ido con la intención de llevar un poco de tabaco a su jefe y amigo Antonio Vargas. La alegría que recibieron sus ojos al ver lo que vieron no es para descripta. Patio adelante avanzaba el matador de toros, camino de la libertad. Se abrazaron emocionados. La influencia de poderosos ad-

miradores y diez onzas de oro habían logrado el milagro. ¡Multa pagada y a respirar el aire libre del río! A ver muchachas guapas como las que en aquel momento cruzaban por la parte fronteriza del cuartel, luciendo el garbo más de la cuernita para que se fijara en su brio el famoso toreador. La presencia de las garridas mozas trajo a la mente del ex cautivo el recuerdo de Carmen. A toda costa quería saber dónde podría hallarla. Salvador tuvo que confesar que desde que tuviera una bronca con el Mulero parecía habérsela tragado la tierra.

Para conocimiento del lector diremos que Carmen había dejado la guarida de los contrabandistas y se hallaba no lejos de ella, en el pintoresco pueblo serrano de Zahara, como atracción del modesto y único cafetín de la localidad, cuyo propietario era Juan, el jefe de los contrabandistas, a quien su negocio cafeteril le servía como tapadera para disimular otros más importantes.

UN ALIJO

A volvemos a ver en su cuartito, en compañía de Triqui, simpático sujeto de la cuadrilla con quien José había contraído suficiente amistad para erigirle en hombre de su confianza. El encargo de aquel día — varios regalos para Carmen — había llenado al hombre de orgullo y satisfacción. Un chal de Cachemira, pulseras de marfil y una hermosa chulona de carey. La joven se probó ante el espejo las recién llegadas galas. Prometió a Triqui que aquella noche iría a la sierra para darle las gracias a su amado. Juan, que oyera las últimas palabras de la bailarina, se opuso resueltamente a ello.

—¿No ves, desagradecida, que esta noche tenemos alijo y si no bailarás se lo van a oler? ¡Las mujeres!...

De nada le sirvió a Carmen protestar. Juan se mantuvo firme. Lue-

go, dirigiéndose a Triqui, preguntó:

—¿Tenéis to preparao?

—Sí, señor Juan, sólo que José opina que debemos ir por otro camino... Él ha dibujao eso—explicó extrayéndose un papel arrugado del bolsillo.

Tratábase de un dibujo tosco, pero muy claro, en forma de croquis militar. Triqui lo extendió sobre la mesa y comenzó a seguir las rayas, apuntando con el índice:

—Asegura que no debemos ir por el Valle del Pinar, sino por aquí, rodeando el monte, y luego por arriba, porque por debajo vendrán los dragones.

—Si él lo ha dicho—sentenció Juan—que conoce las tretas de los suyos, sus razones tendrá, de modo que obrar como os mande.

—¿Quieres algo para José?—dijo Triqui al despedirse de Carmen.

—Sí, pero tú no se lo puedes dar

—repuso ella con maliciosa sonrisa.

Antonio Vargas iba por Sevilla, seguido como el sol sigue a la sombra. El torero inquiría noticias de la gitana a cuantos creía que podrían saber algo de su paradero.

El único que podía saberlo con seguridad era el Mulero. Salvador pudo cerciorarse de ello, cuando fué con Antonio al cafetín, y le rogó que no dijera una palabra. No era menudo sacrificio el que se imponía. ¡Perra suerte la suya! ¡Hasta veinte onzas había llegado a ofrecerle Vargas si daba con la gitana! En su vida había visto Salvador tanto dinero junto. Pero antes que decirlo se dejaría cortar la lengua, porque estaba convencido de que aquella mujer podía ser la perdición de su amo.

En el cuartel habían terminado los preparativos para salir a la caza de los contrabandistas. Once dragones aguardaban que su brigadier García recibiera las instrucciones que frente a ellos le comunicaba el capitán Moraleta. La presencia de Navarro entre ellos le hacía temer al capitán alguna emboscada. En vez de ir por el camino de siempre seguirían el dibujado en el plano que le entregó—igual por cierto al que dibujara José—. Sus instrucciones eran rodear el monte del Valle

del Pinar y volver luego a la carretera. Si tropezaban con Navarro debían proceder sin miramientos. Al oír esto último, los ojos de García relampaguearon de satisfacción, dejando entrever el odio que sentía por su antecesor en el cargo.

Al regresar al campamento, Triqui halló a su amigo José en animada discusión con los demás camaradas, y en particular con el desconfiado Miguel. No le parecía a éste muy seguro tomar el camino indicado por José que, sobre ser más largo y penoso—puesto que había que subir a la cumbre—, le parecía que los llevaría por traición del muchacho a la boca del lobo. La discusión se agrió y hubieran llegado a las manos de no haber intervenido la flama sonriente de Triqui para poner paz entre ambos, sobre todo al indicar que Juan se hallaba conforme con el cambio de itinerario. Concluido el incidente, José se llevó a Triqui a un lugar aparte y en voz baja inquirió el motivo de que no hubiera traído consigo a Carmen, según lo convenido entre ambos. Aquel coloquio sostenido en voz baja contribuyó a que aumentara la desconfianza de Miguel hacia el ex brigadier.

Conforme fué avanzando el día creció también la intranquilidad de Carmen. Más de una vez se riñó con

Juan. Le hubiera gustado ir al lado de su novio durante el paso del alijo, como si su presencia hubiera de ser para él talismán salvador contra las balas de los dragones. Tampoco el señor Juan lo tenían muy tranquilo los negros presentimientos de la muchacha. Andalúz, y supersticioso por tanto, tenía cierta fe en las «corazonadas». Lo disimulaba, pero el hombre no las tenía todas consigo. Además, Carmen se pasaba el día echando las cartas y la figura de José aparecía siempre entre las espadas. En esta tesitura de ánimo les sorprendió la llegada de la noche.

Protegido entre el espeso manto de sombras, por el sendero que bordeaba el precipicio situado bajo la casa de Juan, avanzaba un jinete; al llegar en línea recta bajo el café silbó de una manera especial y paró su jaca. Hacía ya largo rato que Carmen aguardaba aquel silbido. Un aliento jadeante indicó a la joven el lugar por donde trepaba su amado agarrado a los salientes de las rocas. Una de éstas se desprendió con estrépito hacia el fondo. A Carmen le dio un vuelco el corazón. ¿Sería José? Pero no, al cabo de pocos segundos surgió por entre las breñas una mano que pugnaba a tientas por buscar el último saliente, y tras la mano que Carmen esti-

ró con fuerza, ayudándole a subir, apareció junto a la suya la cara del amado. Le suplicó que no fuera con los del alijo, que se quedara a su lado para librarla de los negros presentimientos que durante todo el día fueran su tortura.

José lo tomó a broma. ¡No podía negar que era una gitana! ¡Las cartas! Le prometió solemnemente que a la noche siguiente estaría en el mismo sitio, sano y salvo, la estrechó contra el cariñoso, dejándola más resignada y volvió a salir en pos de la aventura más importante de su nueva vida de contrabandista.

En el extremo opuesto de la montaña, el sargento García distribuía a sus hombres. Mientras cuatro iban al pueblo de Zahara para hacer creer a sus habitantes que los dragones seguían el camino de siempre, él, con los restantes y un sargento salía a rodear el monte y el Valle del Pinar, por donde indudablemente juzgaba que intentarían pasar el alijo.

Pese a las seguridades de José, a la promesa de que seguiría todas sus recomendaciones, Carmen no quedó tranquila. Si sus caricias la calmaron un instante, al quedarse sola volvieron a mortificarla sus tristes presentimientos. Ascendió por entre los breñales que había tras el cafetín de Juan y se llegó hasta una

derruida barraca en uno de los agujeros de la montaña, deseosa de que la famosa bruja que habitaba aquel tugurio le leyera su destino. Era ésta una anciana sarmentosa, un manojo de huesos cubierto de harapos. Boca sin un diente, cabello completamente cano, caído por encima de la cara. Era una verdadera figura de aquelarre. Su aspecto parecía todavía más siniestro iluminado como tenía el rostro por la luz rojiza de una fogata hacia la cual se hallaba inclinada, echando hierbas dentro de un caldero. A Carmen la visión de aquella harpía le produjo un escalofrío, acrecido por la presencia de un gato negro que salió de estampía al ver entrar en el tugurio a la muchacha. La bruja miró a la joven con sus ojos penetrantes. En su diestra blandía una cruz de metal de la que faltaba la figura del Redentor, quedando tan sólo los clavos en sus lugares correspondientes. El primer saludo de la bruja, mientras blandía la cruz, fué la palabra «¡Criminal!»

A Carmen se le formó un nudo en la garganta. Cuando al fin pudo vencer su terror pánico y hablar le preguntó:

—¿Por qué criminal?

—Tú no has cometido ningún crimen — le contestó —, pero el hombre que quieres morirá por ti.

La bruja señaló hacia el caldero. Carmen se acercó temerosa. Entre los vapores del agua le pareció ver a los contrabandistas descendiendo en fila india por la montaña.

—Una maldición... que pesa sobre ti... se consumará esta noche —murmuraba en tanto la bruja con frases entrecortadas.

Sobre el caldero parecía flotar entonces la visión del sargento García con seis dragones, deslizándose como sombras por entre las rocas, con las carabinas preparadas. De pronto la bruja, que miraba al fuego, como ensimismada, murmuró:

—Corre sangre...

—¡Mientes! ¡Mientes! — sollozó Carmen, huyendo de aquel antro como perseguida por todos los demonios.

Le acompañó en su huida la carcajada de la vieja: una carcajada macabra, penetrante; que aumentó su terror y su desesperación.

En esta situación de ánimo llegó ante el café, a cuyas rejas vió amarrados los caballos de cuatro dragones. Juan la instó para que fuese al escenario a cantar, negándose ella rotundamente. Había, no obstante, que entretener a los soldados y casi a la fuerza la obligó a subir al tablado. Ya una vez allí, el cafetero se dirigió al numeroso auditorio, rogándoles solicitaran lo que

C A R M E N l a d e T r i a n a



La belleza de Carmen llamó la atención del brigadier José Navarro



FLORIAN REY

El maravilloso director
de los más grandes films
Nacionales



—¿Por qué no dejas esta
vida, Carmen?



Carmen consigue con
«Los Piconeros» uno de sus
grandes éxitos.



—Fuera de aquí



Lucharon las dos mu-
jeres.



José la oía embobado
por la gracia de Carmen.



De su rostro manaba
abundante sangre.



Sufrió la pena de degradación.)

—(Tengo miedo!)



—Entre tú y yo no puede haber otra cosa que las cruces de una reina.



Antonio Vargas Heredia quedó en libertad.



—¡Quiera, mujer!



—Dándole un beso interminable...



—Los gitanos cuando quieren de verdad sortar por tó.



La infeliz lloró la pérdida
del único amor de su vida.



Dió un grito de horror,
al ver al torero herido.

debía cantar Carmen. Surgieron varias peticiones, prevaleciendo el título de «Los Piconeros».

Carmen inició la canción con desgana. Su oído no estaba para escuchar la orquesta, sino para oír lo que pudiera llegar de la montaña. Su deseo hubiera sido llorar, pero tenía que sonreír. También los hombres maduros —la juventud estaba en el monte— parecían estar con el cuerpo allí y el alma en otra parte. Había cantado Carmen la primera parte del cuplet y llegaba ya al refrán cuando se oyó en lontananza el eco de un disparo. Paró la chica de cantar y los soldados salieron como un solo hombre. Oyeron-se dos tiros más. Juan se impuso, obligando a la música a continuar, y Carmen, realizando un esfuerzo sobrehumano, prosiguió la canción. Había que disimular, fuera como fuese. Ya se había perdido el rumor del galope de los soldados a través de las pinas callejas, cuando Carmen, sin poder dominar más aquella angustia que la ahogaba, salió del escenario corriendo y se encerró en su camerino, dando un violento portazo.

Al milagro de hallar a mano un callejón oscuro debió Triqui —que también iba al galope hacia el café— no toparse con la caballería del Gobierno. Una vez se le hubo

pasado el susto emprendió su camino de nuevo con mayores precauciones.

Cuando llegó a su destino encontró al señor Juan consolando a la muchacha. Se hallaba ésta de hinojos ante una imagen del Cristo del Gran Poder. Al ver llegar al muchacho, polvoriento y jadeante, sintióse desfallecer de emoción.

En dos palabras les contó lo sucedido:

—Sin duda ha debido haber un chivatazo. Ha caldo el jerezano, y José tiene un balazo en un hombro. Al parecer, un poco grave. La mercancía, en cambio, se había salvado toda.

Esta última manifestación tuvo la virtud de tranquilizar al dueño del café. Sus intereses estaban a salvo. Dió órdenes para que se llevaran a José a la cueva y para que no bajase nadie al pueblo bajo ningún pretexto.

Carmen, sin decir una palabra, se puso su chal y salió hacia la calle. El cafetero la conocía bastante para no intentar detenerla. Así, pues, dió orden a Triqui de que la llevara consigo. La alcanzó el muchacho en plena carrera, calle adelante, y la montó a la grupa de su corcel.

Al día siguiente de los hechos que llevamos descritos, nos halla-

mos con el torero Vargas Heredia, a quien Salvador y otros peones entrenaban en la plaza de toros de Sevilla. Al dar el picador una de sus habituales acometidas, Antonio lo amenazó con el estoque de madera diciendo:

—Si fuera de hierro te lo clavaría en donde no pudieras sentarte. ¿Por qué te callaste dónde estaba Carmen, sabiéndolo como lo sabías?

—En boca cerrada no entran moscas—repuso el otro escabulléndose.

—Lo que tú eres es un grandísimo sinvergüenza, eso es.

—Mañana mismo nos vamos a Zahara.

—¿Y la corrida de Ronda?

—Iremos después de torear.

—¡Mal tiro les peguen a toas las gitanas!—concluyó Salvador. Y luego, muy en voz baja, se dijo para sí mismo: ¡Cualquiera le dice a éste ahora que ella está con otro!

Estaba con otro, ciertamente, pero aquel otro hallábase en una situación tal que no era precisamente para tenerle envidia. José, transportado a la cueva, había caído en un sopor nada tranquilizador. De cuando en cuando se incorporaba, miraba con ojos febriles al vacío y lanzaba voces de mando con voz entrecortada: «Escuadrón... ¡Firmes!» O bien: «¡De frente... María

Tan pronto se hacía la ilusión de encontrarse en plenas maniobras como de que desfilaba por delante suyo el escuadrón, en columna de honor, llevándose la mano a la sien para saludar a la bandera, Carmen, a su lado, lloraba de rabia y se consumía de impaciencia al ver que nunca llegaba el curandero en quien la moza tenía puestas todas sus esperanzas.

Perdido el control de sí mismo, por efecto de la elevada temperatura, el subconsciente de José actuaba frenéticamente, rememorando pasajes de su antigua vida militar. Sentíase arrullado por marchas marciales y velase a la cabeza de vistosos escuadrones. Hubo un momento en que recobró su lucidez. Pidió el uniforme que yacía colgado sobre un saliente de las rocas de la cueva. Carmen se lo dió y el muchacho acarició la guerrera contra su pecho. Luego, pasó la mano por donde debían haber estado las charreteras y galones.

—Creí que todo había sido un sueño—murmuró—, pero no...

Carmen leyó en los ojos del amado la pena que le torturaba y le recomendó que durmiera, pero José persistió con frases entrecortadas:

—Carmen... si yo pudiera... volver a mí... allí... no saben que he deshonrado... el uniforme...

—¡Calla, por favor!—interrumpió ella, llorosa.

—Podría trabajar... con los míos. Mi padre ya es viejo. Tú vendrás conmigo...

—Primero es menester que te pongas bueno, y para eso es indispensable que no hables ni una palabra.

José volvió a caer en el mismo letargo de antes y a pronunciar de manera incoherente las voces de mando. Carmen, a su lado, lloraba silenciosa mientras le iba limpiando el sudor. Por fin, ante el dintel de la cueva, apareció Miguel, con gesto torvo, seguido del médico y de Triqui. El facultativo se dirigió al camastro, y tras examinar someramente al herido, indicó a Carmen que lo dejara a solas con el enfermo. La gitana se arrodilló ante una piedra, a guisa de altar e imploró a la Macarena con todo el fervor de su alma para que librara a José de la muerte.

En los momentos de delirio es cuando realmente suele asomar a nuestros labios la verdad. Ese aforismo de que los niños y los locos son quienes dicen las verdades, lo conocía Carmen y las frases que su amado había pronunciado en sus momentos de febril exaltación, las tenía grabadas muy adentro. No era de los suyos ni podía serlo. El ho-

nor militar y el uniforme los llevaba metidos dentro del alma. Y por encima, acaso, de todo ello llevaba el sentimiento de rectitud que desde niño le inculcaran sus familiares, allá en las montañas navarras, donde la dignidad y la fe son los tesoros más preciados que puede poseer el hombre.

Durante sus largas horas de vigilia, Carmen había reflexionado mucho. Lo que más le gustaba de José no era precisamente su tipo, con haber sido esto lo que primero la llevara hacia él. Su uniforme, el porte arrogante, su juvenil prestancia, produjeron en ella la primera sonrisa de instintiva simpatía mutua. Luego, al irlo conociendo y tratando, fué cuando se le entró poco a poco en su corazón, con esa hondura con que suele calar el agua cálida marisamente.

Una vez más se había producido en el espíritu de la gitana lo que se llama ley de contraste, dentro de las afinidades electivas. Esa paradoja en virtud de la cual vemos que las preferencias del hombre alto van hacia la mujer pequeña, o de la hembra alta hacia el bajo de estatura; que llevan al moreno a elegir una rubia y viceversa, suelen producirse igualmente dentro de lo moral y de lo espiritual. La suprema aspiración del ser indigno es fre-

cuentarse con personas honradas, y la admiración de las personas de conducta poco limpia, aun cuando no lo confiesen, va indefectiblemente hacia aquellos que tienen como norma la más absoluta rectitud de principios.

Aquella caballerosidad del oficial, que ya desde el mismo instante en que se vieran le causó asombro, había podido comprobar que no obedecía a una reacción esporádica, sino que era algo consustancial con su manera de ser. Más tarde, en el tumultuoso episodio del cafetín; en aquel paseo por el puente de Triana a la luz de la luna, y luego, en su casa, había podido comprender Carmen que lo que tomara por «esaborisidón», o sea despego, falta de sangre en las venas, según ella se repitiera «in mente» muchas veces, era algo muy distinto. Aunque los dos fueran blancos, le daba la sensación de que entre ella y su oficial, psicológicamente existía la misma distancia que podía haber entre uno de los suyos y un negro africano.

Para que aquel hombre de tan arraigadas convicciones hubiera sacrificado todo: carrera, principios, modo de ser, forma de vida..., colegía Carmen que el amor de José hacia ella debía ser muy grande. Y se preguntaba: ¿Merezco ser querida de esta manera por un hombre

como José? ¿Tengo derecho a que mi sino fatal se cierna sobre la cabeza de este joven tan fundamentalmente bueno? ¿Podría yo, aun en el caso de que huyéramos muy lejos, adonde nadie nos conociera, atemperarme a sus maneras de pensar y de sentir? ¿Podría dejar de ser lo que soy, lo que desde niña me inculcaron y vi hacer a los de mi raza? Porque todo lo que a ellos les parecía modo natural de vivir, era para los otros ilegal. Su misma condición de cantante tenía la convicción de que para la familia de José habría de ser algo inadmisibile. ¡Y si no hubiera sido nada más que eso! ¿En qué ambiente había vivido y cuáles habían sido sus principios?

A medida que en la soledad de la noche se abismaba en sus reflexiones de mujer, que por sinceramente enamorada intula lo que nunca creyó capaz de adivinar, se daba más cabal cuenta del abismo que los separaba. Llegó a la conclusión de que nunca podría elevarse hasta él. José sí, se había rebajado hasta ella, pero ¿duraría aquello eternamente? ¿Qué pasaría cuando al curarse su herida recapacitara José acerca de su vida truncada? ¿Qué ocurriría más adelante: el día en que la bella Carmen, por todos codiciada, perdiera el brillo de su

juventud? ¿Encontraría lógicos sus arrebatos juveniles?

En verdad que si la cabeza del herido era un volcán donde en confusa maraña se sucedían atropelladamente los recuerdos de su vida pasada, no era menos febril el rebullir de ideas y de conjeturas en el cerebro de la encantadora muchacha. Al cabo de muchas horas de cavilar, tomó un partido decisivo. Bien sabía Dios el enorme sacrificio que aquella decisión implicaba para su corazón. Con ella se esfumaban sus ilusiones más gratas de amar y de ser amada; sus sueños de llegar a evadirse del estigma de raza maldita que parecía gravitar sobre todos los suyos, despreciados por las gentes de pro. No sería nunca una señora; no sería la mujer adorada por José. No lo sería por voluntad propia y más que nada porque el Destino —así con mayúscula—, en el que creía ciegamente, con el fatalismo de los de su casta, había dispuesto que cuantos hombres se acercaran para amarla caerían fatalmente por ser éste su triste sino: llevar, con su amor, la muerte.

La cura fué bastante laboriosa. Cuando salió el médico, dejando junto al camastro un gran montón de gasas ensangrentadas, la gitana abordó ansiosa al doctor.

—La curación será larga, pero el muchacho es fuerte y saldrá de ésta —afirmó el galeno.

Mientras éste realizaba la cura, Carmen había manifestado a Triqui su propósito de abandonar para siempre a José. Estaba convencida de que no le traía suerte y el mayor favor que podía hacerle era dejarlo, si es que su vida no corría peligro. Al oír lo que dijera el doctor, se afirmó aún más en su decisión. Por eso cuando éste preguntó quién podría volverlo al pueblo, Carmen contestó rápidamente que ella misma. Fueron inútiles las súplicas de Triqui.

—Ahora que sé que va a vivir ya puedo marcharme.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo de siempre: cantar, bailar... aunque me ahoguen las penas.

En efecto, al anochecer de aquel mismo día estaba ya en el cafetín de Zahara, recibiendo el homenaje de sus admiradores. En una de las mesas más cercanas al tablado se hallaba el picador Salvador, el único que no hacía palmas ni coreaba el refrán de la canción, por lo que al acabar Carmen, se situó a su lado y no tuvo más remedio que aplaudir como los demás. Al iniciar su segundo cuplet lo llamó desde arriba del tablado:

—¡Salvador!

—El mismo — contestó fríamente. Y luego añadió con tono intencionado: ¿Qué pasa?

Carmen, sin dejar de bailar, y sin darse por enterada del tono agresivo le preguntó al pasar por cerca de él:

—¿Y Antonio?

Se alejó ingrátida, siguiendo el ritmo musical a la otra parte del escenario, y cuando volvió a pasar por delante del picador, éste, que por lo visto había decidido cambiar de táctica, le replicó en tono amistoso:

—Bueno, gracias.

Carmen, sorprendida por el cambio de tono, quedó bailando junto a él, y Salvador, rebuscando las palabras, prosiguió:

—A ver si te crees que no hay más mujer que tú en el mundo.

—¡Ole! — gritó ella alejándose de nuevo.

Al volver otra vez frente al torero, después de un breve momento de duda, le dijo desafiadora:

—Pa Antonio, no.

—¡Quita ya, desgraciá!

La última palabra hizo mella a Carmen, que pensó instintivamente en la profecía de la bruja.

—...además, si tú ya tienes otro — le recalcó el gitano jugándose el todo por el todo.

—Y él... ¿tiene otra?

—Todas las que quiere.

—Así, estamos en paz — murmuró la actriz dando unas vueltas rápidas que marcaban el final de la danza.

Al concluir los aplausos del público bajó del estrado y encarándose resuelta con el picador le espetó:

—Dile al niño ese que el día que yo quiera va a venir a mi vera de rodillas y llorando a besarme los volantes del vestido.

El público seguía aplaudiendo y vociferando, por lo que la actriz tuvo que volver la cabeza para saludar. En esa posición oyó como el picador le contestaba:

—Se lo diré... porque se va a reír una jartá.

—Corre a contárselo porque ya tengo ganas de que se ría — concluyó la gitana.

O T R A V E Z J U N T O S

SALVADOR salió del café echando pestes contra todas las gitanas en general y contra Carmen en particular. Y calle arriba vió venir a su amo y señor jinete sobre una jaca de arrogante estampa. Antes de echar pie a tierra el mozo quedó suspenso por el eco de una voz que hubiera conocido entre mil.

—¡Es la voz de Carmen!—murmuró alegremente sorprendido.

—¡Que va, hombre!—repuso su amigo tristemente, pugnando por engañarlo hasta el último instante.

Al llegar Antonio al café había terminado Carmen su canción y la vió cómo se retiraba hacia las habitaciones interiores que había tras el cafetín. Salió y dió una vuelta a

la casa, situándose frente a una ventana con reja hasta el suelo. El instinto parecía decirle que aquella era la cámara de su amada. Y así debía ser porque no tardó mucho en aparecer la muchacha ante él, simulando que no lo había visto. Dos veces tuvo que llamarla. Al fin, ella contestó desdoñosa:

—¿Eres tú, rey del toreo?

Al decir esto vió a Salvador que observaba desde la otra parte de la calle.

—¡El mismo soy!—contestó Antonio.

—Tú... ¿Quién va a poder despreciarme sino tú, pavo real? Tú, que tienes las mujeres así... buen mozo... barba Azú...

—¿Hablas en serio, Carmen?—
musitó él, sorprendido.

Carmen se acercó a la reja, puso el pie sobre la primera barra transversal y señalando con energía los volantes de su vestido ordenó:

—Anda, ponte de rodillas y hésame los volantes del vestido.

Así lo hizo el matador, y cuando estaba en la posición indicada, la bailarina se dirigió al picador:

—¿Lo estás viendo, Salvadorillo? ¡Ya no le falta más que llorar!

Si en aquel momento hubieran sangrado a Salvador no le hubiesen sacado una sola gota, a juzgar por lo asustado que parecía. Se tapó la cara para no ver y se marchó gesticulando de la manera mas cómica.

¡Cómo disfrutó Carmen al ver las muecas del picador! Por segunda vez tenía Salvador que reconocer el poder satánico de la gitana para vencer a los hombres. Solamente un ángel con falda, pero con todos los poderes del demonio, era capaz de hacer lo que Salvador había visto que hicieran el brigadier de húsares primero y su jefe después.

No había pasado ni más ni menos de lo que la misma Carmen le anunciara. ¡Que se preparase a verlo de rodillas y besándole los volantes de su falda! Nunca hubiera podido imaginar que Antonio Vargas

Heredia, el conquistador de todos los públicos, el hombre por quien andaban locas todas las mujeres de trono de Andalucía, se hallase arrodillado y pidiendo perdón, cuando en realidad era ella la que debía ser perdonada. ¡Por algo Salvador había huido siempre del sexo contrario! Si cualquiera otro se lo hubiera contado, lo hubiese tratado de embustero. ¡Pero lo que sus ojos presenciaban no había manera de desmentirlo! De aquí que se los cubriera y huyese calle abajo, mientras la risa cascabelera de Carmen le seguía martilleando los oídos.

Carmen no estaba enamorada de Antonio. Quizá, de no haber mediado el oficial... Su corazón pertenecía a José. Esto no implicaba, empero, para que, marchosa y jaranera, como gitana castiza que era, le pluguiera ver arrodillado a sus pies por un puntillo de hembra que se sabe guapa, al hombre por quien todas se pirraban. Aquel coloquio en la reja era uno de tantos caprichos de la maja que dentro de sí llevaba la gitana. Lo había prometido a Salvador que vería a Vargas arrodillado y ahí estaba, más sumiso que ante la imagen de la Macarena. Lo demás no le importaba un bledo. Y si el ídolo popular hubiera sido otro, a este otro hubieran flechado los ojos de la gitana, por dar-

se ese gustazo de mujer vanidosa.

De sobras le constaba que aquello no era correcto y que su amado, de saberlo, le habría afeado semejante conducta, tan contraria a los principios de su clase. Pero no hemos de olvidar que Carmen era, por encima de todo, gitana, bailarina y coqueta, a quien gustaba atraer a los hombres como la luz a las mariposas, para que el Destino, de hado fatal en el que ella creyera a pies juntillas, le jugase la serrana partida de que un buen día, al entrar en contacto con un ser distinto a cuantos la cortejaran hasta entonces, fuese ella quien se dejase las alas quemadas... Pues en ley natural vemos castigados con la misma arma con que solemos herir.

Antonio, como buen enamorado, quería saber todo lo que le había acontecido a Carmen desde la última vez que se vieran.

—¿No me dicen nada más?— insistió.

—Sí, que te vayas ahora mismo porque va a venir mi marido.

—¿Te has casado? — murmuró desalentado.

—Con todas las de la ley—mintió ella recreándose en su desesperación—, con un cura, un sacristán y dieciocho testigos. Na más.

—¿No me engañas?

—¿Es ahora de día? Pues tan verdad como eso. Estoy en la luna de miel.

El torero apoyó su frente en la reja, abatido, desesperado.

Carmen, gozosa de su obra, como toda mujer que se ve triunfante, le tocó suavemente el brazo y le dijo sonriente:

—¿Se te han mojado los ojos, rey de los gitanos?... ¡Anda, alégrate, que todo es mentira!

—¿Me lo juras?

—¡Por éstas!—aseveró ella besando la cruz formada con sus dos índices.

Antonio pasó sus brazos por entre los barrotes, pugnando por estrecharla.

—¡Socorro!... ¡Mal nacio,* que me asesinas! — protestó ella pugnando por desasirse.

Pero pudo más el enardecido macho que, ebrio de júbilo, logró al fin aprisionar la cabeza de la gitana entre sus nervudas manos, dándole un beso interminable. Vuelto a la razón, el muchacho le contó sus cuitas.

—Si tú supieras, Carmelilla, lo que tengo sufrio y llorao, buscándote... a ninguna mujer he querido como a ti.

—No hables de eso, Antonio. En-

tre tú y yo no puede haber otra cosa que las cruces de una reja. Cruces de hierro para que te libre Dios de una mala hora. Huye de mí porque estoy maldecida.

—Si es así como yo te quiero, con un querer de maldición. Pa sufrir contigo, pero a tu lado siempre.

—¿Qué pena, chiquillo, que no me quede corazón para quererte! —musitó con pesimismo—. Pa mí eres tú como el sol que me calienta, pero no me abrasa. No quiero que se me apague nunca tu luz.

—¿Verdad que estaré a tu lado siempre?—inquirió él como si no hubiese oído las últimas palabras de la chica.

—Pero con cruces de hierro entre los dos.

—El frío de la reja hiela el corazón.

—No digas eso. Oye lo que cantan todas las mozas de Triana:

*Crucecitas de hierro,
las de mi reja,
al amor de mi amante
le dais firmeza.
Crucecitas de hierro,
os dí ar oroto,
y el amor de mi amante
se me ha dormido.*

Han transcurrido varios días desde que vimos a Carmen y al matador Vargas en animado coloquio; los suficientes para que José, repuesto ya de sus heridas, estuviese a punto de tomar una determinación radical. De nada servían los desinteresados consejos y admoniciones de su fiel amigo Triqui. José opinaba que si estaba allí por una mujer y ella lo había abandonado, nada le ligaba a la vida de contrabandista. Había cometido una falta y debía pagarla. Eso era todo. Quizá después de cumplido el castigo podría rehacer nuevamente su vida.

A los contrabandistas la idea de José les parecía absurda. En cambio, a él, el que hubiera llegado a serlo le parecía el contrasentido mayor del mundo. Cuando el señor Juan trató de disuadirlo, José le indicó que hasta para ellos mismos era conveniente que fuera a entregarse, pues los dragones no los dejarían tranquilos un minuto mientras no dieran con su persona.

Al liquidario lo que le tocaba del último alijo, lo rehusó en favor de Triqui, quedándose tan sólo lo indispensable para comer hasta su llegada a Sevilla. Necesitó José amenazar al contrabandista con que tiraría el dinero para que su fiel amigo accediera a cobrar la parte que le ofrecía, y únicamente lo aceptó en

depósito, por si algún día se le ocurría a José cambiar de idea y volver al monte, que así eran los contrabandistas andaluces: capaces de todo para robar al fisco, pero incapaces de robar unas pesetas que pudiera corresponder a otro compañero. Un concepto de la honradez como otro cualquiera.

Al despedirse de los compañeros, el señor Juan le hizo una última recomendación:

—Esa gente, cuando te entregues a ellos—le dijo—querrán hacerte hablar...

—Descuide, señor Juan, que por mí no descubrirán su nido. Dueña tranquila.

Y podían dormir a pierna suelta. Aunque José se hubiese visto sometido a los más atroces tormentos, no sería fácil le hicieran confesar quiénes habían consumado el rapto, dónde había vivido ni cosa alguna capaz de delatar a los que, a su modo, le habían otorgado una hospitalidad.

¡Qué peso se le quitó de encima al mozo cuando, franqueados los ásperos breñales que conducían a la cueva se halló nuevamente en la carretera! Las horas vividas en aquel agujero ignoto le parecieron horas de pesadilla. Aquel camino que llevaba era el de la cárcel, ¡bien lo

sabía! Pero era también el de la redención moral. La cárcel en que desde hacía muchos días se hallaba su espíritu le parecía mucho más insoportable que cualquier castigo corporal. Vivir de por vida escondido, huyendo, perseguido como una almaña no se había hecho para él, acostumbrado por cuestión de principios a estar al otro lado de la barricada. Muchas veces se preguntaba: «¿Cómo he podido llegar yo a todo esto?» Y al instante se le aparecía la figura maravillosa de Carmen como respuesta a su interrogación. Ella era la deliciosa compensación a tanta pérdida, y en verdad que no le pesaba. Ante Carmen se sentía sin voluntad. No era dueño de sus palabras ni de sus acciones. Había en la sonrisa de ella y en la luz de sus ojos algo que le trastornaba hasta anular todas sus reservas morales y fuerza física. Su presencia significaba para el mozo algo maravilloso, imposible de ser expresado por medio de la palabra. Los grandes sentimientos únicamente son «ra cantados en bellísimas estrofas, sublimados por la inspiración poética o para gozados en éxtasis silenciosos. José, a quien la Providencia no había favorecido con el don de saber hacer hablar a las musas, era de estos últimos: de los que saborean la dicha, quieta, mansa-

mente, como la inmensa mayoría de los mortales, sin que por eso dejen de vivirla tan hondamente como quienes la cantan con las más inspiradas estrofas.

Nunca hubiera pensado el mozo en renegar de aquel amor que ante los suyos lo redujera a la triste condición de proscrito. Pero si Carmen lo había relevado de aquel compromiso, yéndose por su propia voluntad; si era la joven quien le abandonaba, nada tenía que objetar, pues no es a la fuerza como puede retenerse a una mujer. Dueña era ella de sus actos y a partir de aquel momento lo era él también. Su permanencia, por consiguiente, entre los de la cuadrilla carecía de justificación desde el punto y hora en que habían dejado de existir los móviles que lo mantuvieron como miembro de la misma.

Le quedaba únicamente en pie el problema de la rehabilitación moral. Pasada la borrachera de felicidad, vuelto al terreno de lo real, su obligación era la de rendir cuentas ante quien debía para recuperar así aquella paz espiritual que no le dejaba sosiego. Era el único camino para ponerse a bien con su conciencia.

De aquí que el camino de la prisión, en realidad, le pareciese el camino de la libertad verdadera, por-

que sin expiar la culpa que a su juicio debía pagar no existiría para José tranquilidad de por vida.

En cuanto a Triqui, Juan y demás compañeros de sus breves correrías, sólo les deseaba que enmendaran sus vidas y que Dios les diera mucha suerte con otros empleos más honrados. Empero, los días pasados entre los contrabandistas le habían enseñado que también entre ellos podían hallarse buenas personas. Sus guaridas, ciertamente, eran refugio de algún que otro detritus de la sociedad. Ello no impedía que existieran personas de buen corazón, como el fiel Triqui. Y una de las cosas que mayor asombro le produjo fué aquella equidad con que entre ellos llevaban sus tratos; el empeño que ponían en el cumplimiento de una palabra empeñada. En realidad se había situado ante un mundo completamente nuevo, pintoresco, completamente distinto de lo que él se había imaginado durante los años en que estuviera combatiéndolo.

Había podido ver que a quien se acepta como compañero se le defiende a vida y muerte; que el traidor no tiene más que una sentencia, tan rápida como decisiva; que para salvar al caído en la lucha no existe entre sus compañeros de cuadrilla sacrificio que éstos no sean

capaces de realizar. Una auténtica hermandad dentro de la delincuencia, por cuyo motivo resultaba ésta aún más peligrosa y difícil de extirpar. Al mismo tiempo, para quienes la practicaban, una profesión que ellos juzgaban tan honrada como la primera. Tales eran los pensamientos que embargaban el ánimo de José en su decidida marcha hacia el cuartel de dragones de Sevilla, donde se entregaría a sus jefes. Y de cuando en cuando, entre no pocos recuerdos, gratos unos, vergonzosos otros, surgía la imagen de la ingrata a quien José, sin saber de cierto los móviles que la impulsaron a huir de su lado, disculpaba y perdonaba de corazón.

Segundos después de la partida del mozo, llegó el receloso Miguel, cuya antipatía por José nos es sobradamente conocida. Como Triqui se lamentara de la partida del joven, el contrabandista le replicó violentamente:

—¿Lástima de qué? Ese nos ha traído la negra. Además, ¿tú crees que éste se entrega a la justicia? Bueno... no quiero hablar, porque luego dices...

—No, no... habla—ordenó Juan, imperativo.

—Ese ha sabido que vienen más soldados de refuerzo y sale de viaje, ¡así es un cobarde!

—Puedo asegurarte que José no sabía una palabra de eso—aseguró el jefe.

—Pero lo sabía Triqui.

—¿Y qué quieres decir con eso?—protestó el aludido.

—¡Que estoy de traidores hasta los pelos!

De no haber intervenido el jefe, Triqui y Miguel habrían llegado a las manos. Por fortuna la autoridad de jefe logró que los dos contrabandistas enfundaran sus puñales.

—¡Dejaros de pamplinas!—arguyó el señor Juan—. He pensado que antes de que lleguen los refuerzos podríamos hundir el puente del pico... y si es verdad que viene un escuadrón completo.

—Me parece bien que volemos el puente—aprobó Miguel—, pero cuando estén pasándolo los soldados.

—¿Y quién crees que será capaz de semejante barbaridad?

—¡Yo mismo!

Por más razones que empleó el jefe para disuadirlo, el criminal Miguel logró encontrar otros sujetos en la banda de su misma opinión y quedó aprobada la idea de la voladura, con el escuadrón completo si era posible.

Y en tanto que en la cueva de los bandidos se ultimaban los sinistros planes, en las oficinas de

la Comandancia de dragones se preparaba la expedición hacia la montaña. El comandante estimaba que el camino del desfiladero del Pico era demasiado expuesto. Moraleda argüía que lo habían pasado muchas veces y muy bien podrían hacerlo una más. Ciertamente, según decía el comandante, una partida de contrabandistas decididos que

los cogiera entre dos fuegos... El sendero, escarbado en el precipicio, era tan angosto que no permitía defensa posible. Como el brigadier García formaba parte de la expedición y era un gran conocedor del terreno y de las gentes con quienes había de luchar, el comandante aprobó el arriesgado plan del capitán Moraleda.

LOS DOS RIVALES

CAMINO de Sevilla, al hombre el hatillo de su uniforme y con un derrotado vestido que le prestara Triqui, José llegó a la posada de un pueblo cercano a la capital y se detuvo allí para reparar un poco sus fuerzas, pues llevaba ya varias horas de camino sin probar bocado. En el pueblo había gran animación. El patio de la posada estaba lleno de gente. En el centro del mismo había un corro de bailadoras, entre las que, a distancia, creyó reconocer a Carmen. Para no ser visto por la ingrata, que otra vez aparecía en su camino por un capricho de la suerte, José se situó en un rincón desde donde podía observar sin delatar su presencia.

Pidió sopa, pan y vino a la camarera que se acercó para ver lo que quería el viajero, y le preguntó a qué obedecía aquella animación que le pareció desusada.

—¡Casi ná!—contestó con énfasis la moza—. ¡Que pasan por aquí los toreros de las ferias de Sevilla!

A él le causó el mismo efecto que si le hubieran dicho que iba a pasar un mandarin chino. Carmen concluyó su baile y se retiró. Aburrido, mientras esperaba el refrigerio, leyó algunos carteles anunciantes de las corridas, pegados a las paredes. En letras más grandes que ninguno figuraba el nombre de Vargas Heredia. La impresión dolorosa que había experimentado al ver a

Carmen, después de saber la noticia que le diera la moza y de leer el cartel, provocó en su interior una rabia sorda.

Si al verla coquetear y reír con su bailarín de pareja le había producido la sensación de un pinchazo en el corazón, el saber que dentro de horas, o de minutos tal vez, iban a encontrarse Antonio y Carmen lo tenía trastornado. En sus oídos zumbaba con persistencia de mosconeos la melodía de aquella canción que en otro día más feliz oyera entonar a Carmen. Tan embebido se hallaba por la terrible lucha interna de sus encontradas pasiones, que hasta se había olvidado de que tenía un hambre horrible y delante un plato de comida ya fría.

En esta situación de ánimo estaba cuando carretera adelante y en dirección a la venta apareció un grupo de jinetes. Al frente de ellos y más elegante que los demás iba Antonio Vargas. Armóse en la venta un revuelo de todos los demonios cuando una de las mozas dió la noticia de la llegada. El ventero gritaba como un azogado:

—¡Ya llegan! ¡Ya están aquí!

Y no quedó tífere con cabeza en el pueblo, joven ni viejo, que no acudiese al patio de la posada para ver de cerca a los idólos.

Como de costumbre, la chiquillería del pueblo fué la primera en dar la voz de alarma. Precediendo a los jinetes iba un buen número de pequeños gritando y vitoreando a los matadores. Estos, por pura diversión, les tiraban monedas de calderilla o confites que ya llevaban preparados al efecto para tales casos y se divertían en gran manera viendo cómo los arrapiezos se estrujaban y se revolcaban por el suelo para ver quién se llevaba mejor parte.

En la plazuela situada frente a toridades locales, que desde hacia la fonda se habían agrupado las abundante rato aguardaban el fausto acontecimiento del arribo de la caravana, y en segundo término una charanga que sumó sus acordes a la general algazara, mucho antes de que los toreros echaran pie a tierra. Y con tanto brío soplaban los de la murga que hubo necesidad de pararlos a fin de que entre los recién llegados y quienes esperaban pudieran cambiarse los saludos de rigor, pues con aquel estruendo infernal no había manera de entenderse.

Tras el saludo de las «fuerzas vivas», vino el de los bailarines y «cantadoras» contratados para la fiesta que les habían preparado.

Hubo entrega de ramos de flores y el consabido discurso de que para el poblado era grande honor que se dignaran descansar en él los que dentro de poco se cubrirían de gloria en la Plaza de Sevilla.

Acostumbrados estaban los toreros a recibir homenajes, pero en verdad que aquél sobrepasaba en mucho a cuantos les habían hecho desde su salida de la Plaza de Ronda, donde días antes habían ido con motivo de unas corridas en las que Antonio Vargas acreditara una vez más su condición de valiente y de gran estilista del toreo.

El ventero no quiso ser menos que quienes le habían precedido en el uso de la palabra. Gran aficionado a los toros, puede decirse que a su iniciativa se debía casi exclusivamente tan destacada recepción. Así, pues, en cuanto los demás hubieron acabado sus zalemas y parabienes, él hizo a su vez uso de la palabra para darles la más cordial de las bienvenidas, a la que correspondió el torero.

Correspondió Vargas con agrado, no exento de vanidad y sonriendo a quienes le aplaudían.

A instancias del amo de la venta pasaron los toreros a la gran sala comedor y se aposentaron en torno a una bien provista mesa prepara-

da al efecto. José, desde el altílo donde se hallaba, contemplaba impasible lo que sucedía casi a sus pies. La cuadrilla empezó a comer con inmejorable apetito. Al beber el torero su primer chato brindó:

—¡Por la Feria de Sevilla!

—¡Por el torero más valiente de España!—repuso adulator el ventero, levantando también su vaso.

En aquel instante sonó detrás de los comensales una voz diciendo:

—¡Un momento!

Volviéronse y vieron a un joven derrotado que avanzaba hacia ellos. Su aspecto era más bien agresivo y enérgico.

—¿Se permite—dijo—brindar a un pobre caminante?

—Permitido—autorizó el torero con extrañeza.

Salvador llenó al intruso una copa, pero éste en vez de cogerla dijo al torero:

—Antonio Vargas Heredia, voy a brindar por la mujer que tú quieres.

—¿La conoces? — exclamó sorprendido Vargas.

—¡Mucho!

—¿A Carmen?

—¡Carmen!—contestó el mozo, sosteniendo con firmeza la retadora mirada del matador, que dejó caer su copa en el suelo.

José llenó otra y se la ofreció. Vargas la tomó y la estrelló rabioso. Ya se disponían ambos a luchar cuando apareció la muchacha interponiéndose entre los contendientes al mismo tiempo que murmuraba:

—¿Qué te he hecho yo, rey de los gitanos, que me tratas tan malamente?

José y Antonio continuaban con las navajas abiertas, prestos a lanzarse uno sobre otro.

Acercóse luego a Vargas y le ofreció una copa que el matador se resistía a tomar.

—Una gota de sangre—sentenció Carmen—por cada gota de vino que se derrama ha dicho un divé ¡Que la sentencia no se cumpla pa que no tenga que llorar por tí!

—No me la desprecies, Faraón—insistió persuasiva—, que es sangre de mis venas lo que te doy.

—Porque nunca me falte tu luz—brindó él bebiéndose la copa de un sorbo.

Luego, con tono enérgico, prosiguió Carmen:

—Una vez te dije que entre tú y yo no podía haber otra cosa que cruces de hierro. Anda, préstame tu faca.

El torero la tiró con rabia y quedó clavada en el suelo.

—Esta tarde, en castigo de tu desprecio—rifó Carmen con voz incitante—vas a brindarme el toro más bravo de la corrida.

Luego se fué hacia donde José yacía a pie firme, esperando la acometida del torero, y llevándosele por un brazo le reconvinó:

—Y tú, caminante de todos los caminos, déjate de bravatas.

José intentó hablar, pero ella le atajó con voz que sólo él pudiese oír:

—En una cueva de la Sierra de Ronda me he dejado escondido un cariño muy grande. Ayúdame a buscarlo y guíame por la verea más corta. Te ibas a Sevilla, ¿verdad? Déjalo... yo te voy a pagar en la mejor monea. Oro de ley. Al acabar la corrida espérame en la puerta de Jerez.

El sortilegio de Carmen había triunfado una vez más. José se fué carretera adelante, sin volver la cabeza, pero aquella tarde estaba en la plaza de toros de Sevilla y, por cierto, no lejos de la localidad ocupada por Carmen, situada en la primera fila. Cuando Salvador vió allí a la gitana, se dió a todos los demonios. Le suplicó que se retirase, que se situara al menos en un lugar menos visible, pero todo fué inútil. La plaza presentaba un aspecto fan-

tástico. Antonio Vargas había lanceado de capa a su primer toro, cosechando numerosos aplausos.

No estaba el espíritu de José muy propicio para las observaciones. Y muchísimo menos todavía desde el momento en que pudo darse cuenta de las sonrisas y miradas de inteligencia que se habían cruzado entre el aplaudido matador y su adorada gitana. Esta parecía transformada, como si el éxito de Vargas le correspondiera también en parte. En el modo de mirar de Carmen y en su sonrisa advertía un fuego y una alegría interior que hacían bullir su sangre de indignación.

Al ver el aspecto de gradas y torridos tuvo el ex-brigadier la impresión de que se había concentrado en el circo taurino toda la gente de Sevilla. No eran los toros un espectáculo nuevo para el mozo, pero sí en cambio aquella animación tan desusada, aquella algarabía infernal. Le chocó sobre todo el hecho de que el elemento femenino se hallara representado de manera tan extraordinaria en cantidad y calidad. Las mantillas y peinetas de carey eran casi tan numerosas como los sombreros de alas anchas. Y el entusiasmo aparecía más estridente entre el bello sexo que entre los hombres.

Pensó que no debió haber ido a la Plaza, puesto que donde Carmen le citara no había sido dentro, sino fuera, pero ya una vez en ella, creyó que no iba a perder nada, sino todo lo contrario. Su intuición le hacía presumir que desde donde estaba podría advertir detalles muy interesantes para saber a qué atenerse con respecto a las relaciones de Carmen y su rival.

Si al entrar le habían deslumbrado lo típico y lo pintoresco de aquel ambiente para él desconocido, luego presintió que los momentos pasados en aquel recinto podían ser para su particular interés altamente reveladores e instructivos. Le reafirmó también en esta creencia el animado diálogo que viera sostener a Carmen con Salvador, el mozo de estoques, cuya aversión hacia la chica no era cosa desconocida para José. No oyó lo que hablaban, porque, aunque estuviera a pocos metros de ellos, tal cosa era imposible en medio de semejante algarabía, pero no perdió ni uno de los gestos que ambos hicieran, y por ellos coligió que los designios de Carmen no agradaban al subordinado del torero.

Enardecido por el éxito, volvió a lancear con tal arte que la plaza entera se puso de pie, loca la gente de

entusiasmo. Como en uno de sus saludos viera entre el público la figura de su amada, se dirigió a Salvador y le pidió el capote de paseo. Una vez lo tuvo en su mano se situó frente a ella y después de agradecerle el que hubiera ido a verlo, le tiró el capote diciendo:

—Cuando acabe la corrida llévate este capote. Quiero que hagas con él un manto para la Virgen del Carmen.

—Gracias de parte de la Virgen —murmuró la moza recogiendo la prenda.

Y a pocos pasos de los dos José se mordía los labios de rabia, mientras acariciaba inconscientemente el puño de su faca.

La alegría con que Carmela parecía reír las agudezas del matador lo tenía fuera de tino. Anunciaron los clarines la suerte de matar y en la plaza se hizo un gran silencio... Recogió Antonio la muleta y el estoque de manos de su fiel Salvador y volvió de nuevo frente a la barrera de Carmen. Una vez allí se descubrió exclamando:

—Brindo este toro a la mujer que quiero... a la mujer más bonita de España... a Carmen.

La agasajada recogió la montera cuando Antonio se la tiró y acto seguido se fué éste hacia el toro, dis-

puesto a realizar la más memorable de sus faenas.

La plaza se puso al rojo vivo de entusiasmo.

La rabia de José, que oyera el brindis del torero, era tan grande como el orgullo con que Carmen lo miraba. En un momento en que la lidia se desplazó frente a la localidad de la gitana, ésta, mientras el público aplaudía a rabiar el final de una faena, viendo al toro parado se quitó uno de los claveles que adornaban su pecho y lo arrojó al ruedo. Antonio al ver caer el clavel y quieto al toro se volvió de espaldas para recoger la delicada ofrenda de su amada.

Se lo puso tranquilamente en el ojal. Su acción coincidió con un alarido inenarrable del público. Antes de que el matador hubiera podido darse vuelta para ver lo que sucedía, se sintió volteado por los alres y vuelto de nuevo a coger. Luego el desgarramiento de sus carnes y después nada más.

El toro pudo cornearlo a placer contra la valla antes de que los peones de su cuadrilla y demás matadores —que acudieron en el acto— pudieran evitar la desgracia. Antonio Vargas había pagado cara la temeridad de confiarse demasiado para recibir una sonrisa de mujer. Y

Carmen volvió a recordar la profecía de la bruja. ¡Estaba maldita! ¡El hombre que ponía sus ojos en ella firmaba su sentencia de muerte! Mientras corría precipitadamente hacia la enfermería de la plaza adonde llevaban el exánime cuerpo de Antonio, martilleaba en los oídos de Carmen con agobiadora persistencia la frase de la arpia: «¡Criminal! ¡Criminal!»

Cuando José vio al torero caído y a la plaza entera en vilo por la tragedia desarrollada ante sus ojos, instintivamente dejó caer su faça al suelo por un movimiento maquinal, irreflexivo. Vió cómo Carmen saltaba enloquecida los últimos escalones del tendido, y en el redondel, destacando su tono rosado sobre el rojo ocre de una mancha de sangre el clavel de Carmen, causante de la tragedia. Se desprendió del pecho del torero al mismo tiempo que se le escapara la vida. Muy cerca del clavel yacía también la muleta rota.

Al llegar Carmen a la enfermería no pudo hacer otra cosa que rezar por el eterno descanso de un alma. Rezó con la unción y recogimiento de quien se siente culpable y lloró por él y por el negro sino que su presencia implicaba para cuantos hacia ella osaban alzar sus ojos.

José se frotó los ojos como quien acaba de salir de una pesadilla. Se dió cuenta de que en la plaza iba quedando ya muy poca gente. Al pasar por delante de uno de los grupos que comentaba la tragedia se topó inopinadamente con Triqui. El buen amigo lo había estado buscando por toda Sevilla para disuadirlo del absurdo propósito de presentarse a los dragones. Precisamente aquella noche, según le comunicó, iban a pagar de una vez toda la quina que había hecho tragar a los contrabandistas. Así fué cómo le explicó el proyecto de la voladura del puente romano del desfiladero del Pico. Como José protestara diciendo que estaban locos, el contrabandista arguyó:

—También tú quedarás vengado. Y después de todo, si no queda uno a ti qué te importa. ¡Tú ya eres de los nuestros!—afirmó Triqui, convencido.

José ni afirmó ni negó, pero en realidad sabía muy bien que no era de los contrabandistas. La sola posibilidad de que pudiera consumarse aquella felonía habíale puesto los cabellos de punta.

No concebía cómo Triqui, a quien en el fondo tenía por un buen hombre, hubiera podido entusiasmarse con la idea de aquella carnicería.

Y es que ignoraba el poder del odio ancestral de los contrabandistas hacia sus perseguidores.

Triqui, por ejemplo, era incapaz de pegar a un caballo. En cambio, matar a todo un escuadrón de aquellos odiados dragones que se oponían

a un comercio considerado honrado por cuantos del contrabando vivían, le parecía el acto más reparador. A tales extremos puede llegar la deformación moral, a través del propio egoísmo.

LA DECISION DE JOSE

C ONOCÍA el mozo el paraje descrito por Triqui, y fiel a su palabra, se propuso evitar la catástrofe sin delatar a los que hasta el día anterior habían sido sus compañeros, por un azar de su triste destino.

En tanto que por las calles de Sevilla marchaba el fúnebre cortejo que seguido de inmensa muchedumbre conducía hacia su última morada los restos del torero, y por los vericuetos de la sierra se encaminaba el escuadrón hacia una muerte cierta, llevando a la cabeza al brigadier García, José, que había robado un caballo, iba a todo galope carretera adelante, dispuesto a impedir que se consumara la tragedia. Hostigó al noble animal con desesperación y le hizo galopar cual si hubiera tenido alas.

Al anochecer llegaron los dragones al lugar más abrupto de la sierra. Temeroso el capitán Moraleda de alguna emboscada, hizo destacar a dos patrullas de dos dragones cada una a explorar, una pareja el camino, la otra los altos de la montaña. Al regresar los exploradores, como sus informes fueran satisfactorios, se aventuró a través del desfiladero que ya conocemos.

José, desde el otro extremo de la montaña, llegó a tiempo para ver cómo los jinetes, formados de dos en dos, se aventuraban por el estrecho sendero tallado en la roca. Los pudo distinguir perfectamente porque de trecho en trecho, iban parejas de soldados a pie, portadores de grandes hachones resinosos, a fin de iluminar el estrecho pasadizo...

Llegado que hubo a la altura de

las tropas, por el montículo fronterizo, como era imposible pasar más adelante cabalgando por aquella parte de la montaña, ató su caballo a un árbol, se quitó el traje que llevaba y luego del hatillo que según hemos visto llevaba siempre consigo sacó el uniforme, que se puso en un abrir y cerrar de ojos. Hecho esto saltó monte abajo con intención de atajar a los soldados antes de que llegaran al fatídico lugar. El trayecto a recorrer era penoso. Saltaba como si hubiera sido de goma, dejándose pedazos de piel y jirones de ropa por breñas y zarzales. La angustia ponía alas en sus piernas y tensión de acero en sus músculos para trepar a tientas por rocas que de día quizá le hubieran parecido impracticables.

Allá, en el fondo del barranco, el siniestro Miguel estaba ojo avizor a los resplandores de las antorchas y con el oído atento para apreciar el momento en que debía prender fuego a la mecha. Ya se acercaban los jinetes al recodo que precedía a la gran revuelta donde se hallaba situado el puente. Era la parte minada del acantilado que debía saltar conjuntamente con la otra de sillería.

El señor Juan, entre temeroso y apesadumbrado, presenciaba la obra de su segundo.

—No va a quedar uno pa contarlo—decía el siniestro personaje—. Los que no queden aplastados los achicharraremos a trabucazos cuando intenten salir de la ratonera.

Ignoraba que un hombre estaba en aquellos momentos escalando las últimas rocas que conducían al camino.

Ensangrentado, jadeante, llegó José ante la entrada de la revuelta del Pico cuando iniciaban su entrada en ella la vanguardia de las tropas, al frente de las cuales iba el capitán Moraleda seguido de García.

—¡Alto! ¡No seguir!—oyó el capitán al mismo tiempo que varios soldados se aprestaban para disparar si fuera necesario.

—El dragón Navarro.

—No hay tal dragón Navarro, sólo hay...

La llegada de José junto al estribo de su cabalgadura le impidió acabar la frase injuriosa que, sin duda, se disponía a proferir. Ofrecía un aspecto lamentable. Se le veía pintada la angustia en el rostro. Jadeante, sudoroso, cubierto de rasguños, con el uniforme a jirones, sangrantes las manos y el rostro. Se cuadró militarmente y declaró:

—Mi capitán, el escuadrón ha caído en una trampa.

—Pero ¿qué pasa? —interrogó ansioso Moraleda.

—Quieren volar las peñas a la salida del desfiladero... cada minuto es precioso.

—¡Escuadrón!... ¡Media vuelta! —ordenó el capitán sin más preámbulos—. Y vaya usted delante, García.

El renconoso brigadier miró despectivamente a Navarro y como la orden de su capitán era tajante, aparte de que el miedo le impulsaba a correr, marchó sin proferir la protesta que pugnaba por brotar de sus labios. De no haberse apoderado de su persona el pánico habría dicho que quien quería tenderles la celada era el ex brigadier Navarro, pero el instinto de conservación fué más fuerte en él que el del odio.

Los contrabandistas, desde el fondo del barranco, donde esperaban con la mecha en la mano, prestos a prenderle fuego, observaron algo raro en la tropa. Temeroso de que los soldados hubiesen notado algo y pudieran escaparse, encendieron el cordón y salieron corriendo por el álveo del río para no ser víctimas de su propia obra.

A causa de lo angosto del camino, uno de los caballos cayó en medio del sendero, cuando daba la vuelta. Moraleda y José corrieron a levantarlo para que dejara paso a

los demás, puesto que los segundos apremiaban. Terminada la operación, brillante su rostro por el sudor, Moraleda le tendió la mano a José, a la vez que expresaba su reconocimiento con estas palabras:

—Navarro, esto no lo olvidaré yo nunca... Mañana volverá usted a ser mi brigadier.

En los ojos de José brilló un destello de felicidad al oír las frases de su capitán.

Aquellas palabras significaban para José mucho más de lo que podía esperar. Eran nada menos que la rehabilitación en toda la extensión de la palabra. Dios había oído las paces que entonara desde el punto y hora en que se dispuso a exponer incluso la propia vida por salvar la de sus compañeros de armas. La recompensa que le deparaba era muy superior a cuanto pudiera soñar. Ya no tendría que bajar la cabeza ante sus mayores. Su madre, aquella santa mujer, cuyo recuerdo tanto le había hecho sufrir durante los últimos días, no recibiría la triste nueva de que su hijo era indigno de llevar aquellos apellidos que recibiera en la cuna limpios de toda mancha. Vestiría de nuevo el uniforme y nadie de los suyos sabría jamás que en su hoja de servicios constaba una nota desfavorable.

Una vez más se sintió ligado a Triqui, gracias a cuyo rasgo había podido lograr tan inesperada como absoluta rehabilitación. ¡Era maravilloso! Tan excepcional recompensa bien merecía que coronara la obra por completo. Ardua era la empresa y podía dejar en ello su existencia, ¡pero si salía con bien!... ¿Qué menos podía hacer con quienes tan maravillosamente se portaban con él?

Ya había pensado en ello mientras saltaba entre las tinieblas, desechando la idea por temeraria, pero en aquel instante le pareció que animaba su pensamiento una inspiración venida de lo alto: la misma que le aconsejara robar aquel caballo en una plaza sevillana y lanzarse a la realización de un acto que reflexionándolo hubiera parecido impracticable. ¿No le había sonreído la fortuna más de lo que pudiera soñar? ¿Por qué había de abandonarle en el último instante? Si lograba llevar a cabo su tentativa, el triunfo sería más completo, más rotundo y por ende más digno de aquel premio que jamás soñara merecer.

Se volvió hacia donde presumía estaban los cimientos del puente, en cuyo lugar habían colocado las cargas de explosivos al decir de Triqui. No era empresa muy fácil

orientarse en las sombras, ni muy hacedero tampoco el llegar entre aquella obscuridad por un terreno lleno de precipicios hasta donde debía, y ello en espacio de contados minutos. Empero, su voluntad de merecer los galones prometidos estaba por encima de todo obstáculo y si alguna vez hubo alguien para quien la palabra «imposible» careciera de significado, ése era en aquellos momentos el intrépido José Navarro, brigadier rehabilitado.

Ocupado en ordenar a sus tropas que fueran con la mayor celeridad, no se dió cuenta Moraleda de la marcha de José hasta que lo vió desaparecer por entre unos matorrales en dirección al puente.

—¿Dónde va usted, Navarro?—le gritó.

—A buscar la mecha para ver si salvo al escuadrón.

—Es una locura, ¡vuelva inmediatamente!

José hizo como si no lo hubiera oído y siguió hacia el lugar donde suponía que los bandidos habían colocado los artefactos. Salían los últimos hombres del desfiladero cuando José llegaba cerca de los cimientos del puente. Ignoraba el abnegado muchacho que la mecha tan ansiosamente buscada por él estaba consumida casi por completo. El capitán Moraleda, que iba en la re-

taguardia, al llegar a la salida de la garganta, volvió su caballo y haciendo trompeta con ambas manos gritó:

—¡Navarr...!

Un estrépito horroroso ahogó la última parte de su grito. El puente, las rocas, todo pareció desgajarse en millones de pedazos, volando por los aires. Al fragor sucedió una polverada inmensa. Tres o cuatro soldados y caballos fueron alcanzados todavía por los pedruscos desprendidos a larga distancia. Tan sólo hubo que lamentar algunos heridos leves, pero, a costa del sacrificio de aquel hombre abnegado en cuya persecución iban todos ellos.

Dos días después, en la explanada del cuartel hallábase formado todo el regimiento con su comandante a la cabeza. Frente a la tropa, sobre un armón de artillería, yacía un ataúd cubierto con la bandera nacional y adornado con multitud de coronas y ramos de flores. La banda interpretaba una marcha fúnebre.

Pegada a los barrotes de aquella reja, que ya describimos al principio de esta historia, se hallaba la cara de Carmen, suplicando al centinela con ojos tristes:

—¡Déjame pasar... por piedad!
¡Sólo quiero llevarle este ramo de flores!...

El centinela la apartó de un empujón. Del rostro de Carmen había desaparecido el color y de su mirada el brillo incitante. La gitana dicharachera y pizpireta parecía una estampa de la Dolorosa. Ya no tenía en su léxico aquellos desplantes que parecían ser el alcaloide del humorismo gitano y del más puro ingenio de Sevilla. Toda su gracia desenfadada y todo aquel desparpajo ocurrente que parecían consustanciales con ella, se habían fundido en el crisol del dolor.

—¡Quería verle por última vez!
—suplicó con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No se permite la entrada a nadie!

En otro tiempo, Carmen no se habría resignado. Hubiese puesto en juego sus recursos de mujer y su astucia de gitana para burlar la guardia y llegar hasta donde hubiera sido preciso. Pero en aquellas cuarenta y ocho últimas horas, la bella cantatriz había llegado hasta el límite del sufrimiento.

Primero fué la muerte del torero, de la que en cierto modo se consideraba culpable. Le dolió intensamente porque veía cómo se iba cumpliendo su sino de mujer maldecida. Las frases de la arpa de la cueva, que tanto la trastomaran,

habían hallado su primera confirmación en la famosa corrida.

Luego..., luego fué más doloroso todavía. El hombre por quien ella había realizado el mayor de los sacrificios, como era el de huir de su lado y hacerle creer que ya no le amaba, cuando por él habría dado su vida, había hallado muerte gloriosa por su culpa también. Si ella no se hubiera cruzado en su camino, con aquella estrella fatal que la perseguía, quizá la suerte de José hubiera sido algo muy distinto.

Todas estas consideraciones la tenían al borde de la desesperación, sin dejarle minuto de sosiego desde el momento en que hubo llegado a su conocimiento la fatal noticia del desenlace que había tenido el acto heroico de José.

Su belleza era como la sombra del árbol del veneno, que mataba a cuantos a ella se acogían. Codiciada de todos, su vida, en cuestiones de amor, debía ser como la de Tántalo: ligada a la columna de la maldición sin atreverse a tocar la felicidad cuando pasara al alcance de su mano. ¿Por qué aquel terrible castigo de no poder amar ni ser amada? Más de una vez había pensado en aquellas horas aciagas si valdría la pena vivir para llevar dondequiera que fuese la desdicha

y ser ella a su vez desdichada. José hubiera podido ser para ella la dicha soñada y esa fatalidad contra la cual se veía impotente para luchar determinaba que fuese lo contrario.

Con la vida del héroe se extinguían también las ilusiones de Carmen, que en lo sucesivo ya no se sentiría con fuerzas para reír ni para cantar. En aquellos momentos se sentía como el pájaro a quien hubieran cortado las alas. Tan abatida se hallaba que ni la impresionante ceremonia desarrollada ante sus ojos logró impresionarla. Miraba sin ver, sin comprender tampoco la grandeza de aquel acto. La fuerza entera del cuartel, sin faltar un solo hombre, se hallaba formada en la explanada. Sobre el tumulto formado por un armón de artillería encerrado en una caja de maderas preciosas, estaba el cuerpo de él, aquella cabeza que ya nunca más podría acariciar y a la que ni siquiera se le permitía llevarle su último homenaje, el ramo que seguramente hubiese estimado el héroe mucho más que todas las coronas protocolarias.

Al frente de cada escuadrón figuraban las clases y oficiales respectivos; y delante de los soldados, muy cerca del armón que tiraban seis caballos empenachados de negro, estaba la bandera del regimiento orlada por un crespon negro. A

un toque de clarín, largo, lúgubre, se hizo el silencio, y el comandante, con voz emocionada, leyó la relación de los hechos heroicos que constaban en la Hoja de Servicios del malogrado brigadier José Navarro. En el silencio impresionante, las palabras del jefe tenían sonoridades estremecedoras. Terminada la lectura, desfiló la fuerza ante el cadáver, cubierto por la bandera nacional, y los compañeros del héroe depositaron la última corona en la parte posterior del carruaje. Con aquel acto y la colocación del sable y el ros de gala sobre el ataúd, se dió por terminada la ceremonia.

Púsose en marcha el cortejo, al compás del redoblar de tambores enlutados. La oficialidad, con su comandante al frente, siguió en pos del heroico brigadier, que se había rehabilitado muriendo por salvar a sus compañeros. Cesó el sonar de los atabales y comenzaron a oírse entonces los graves acordes de una marcha fúnebre, tocada por la mú-

sica del regimiento, que siguió también al extinto hasta su última morada.

Carmen, tendidos los brazos por entre los barrotes de la reja, cubierta su cara por aquel ramo de flores que no había podido hacer llegar a su destino, murmuró quedamente, con acento desgarrador: —¡José!

Lentamente, vió como el cortejo se perdía a lo lejos, hacia el horizonte; entre los resplandores rojizos de un crepúsculo de sangre... Su gran amor, el único que ya podría sentir en su vida, se iba para siempre entre los fulgores de un sol semejante a la maldición que sobre ella parecía pesar. Aun se oía a lo lejos el rumor de la fúnebre música, que llegaba hasta ella como un eco. El dolor de la gitana era tan intenso, que no se movía ni un músculo de su cara, por donde rodaban dos surcos de lágrimas, saladas como el agua del mar y amargas como el acíbar.

EL ÚLTIMO AMOR

A mujer más envidiada de Sevilla veía cumplido en toda la extensión de la palabra su triste sino, de no poder amar ni ser amada.

El cadáver de José fué conducido a Sevilla. Era preciso que su acción fuese recompensada como la de un verdadero héroe, ya que supo exponer su vida y ofrendarla en honor a su antigua dignidad militar.

Aquel amor que había trastornado toda su vida, no había sido obstáculo para que se produjera en él una viva reacción y para que cumpliera como los buenos.

Al saberse en Sevilla la acción del antiguo brigadier, se reunieron los jefes y cuando estuvieron al corriente del hecho solicitaron para el antiguo militar su rehabilitación.

Si por un abandono del servicio había sido degradado, justo era también que por un acto heroico

se le devolvieran todos los honores que se le habían quitado.

La propuesta del coronel fué unánimemente aceptada.

—Yo creo—dijo al proponer la rehabilitación— que el brigadier José es merecedor de estos honores. Su conducta de siempre ha sido inmejorable y hay que tener un poco de comprensión para la juventud.

Ni uno solo de los presentes se atrevió a decir nada y el coronel siguió diciéndoles.

—Yo estoy convencido de que todos ustedes guardan un grato recuerdo de él y que ningún jefe ni oficial ni compañero se opondrá a ello.

Uno de los jefes se levantó a hablar y le dijo:

—Estoy completamente de acuerdo. Pero yo propongo que la reha-

bilitación del brigadier Navarro se haga pública. Para ello nada mejor que sea en la misma plaza donde fué degradado, para que su acción sirva de ejemplo y de estímulo a los demás. Por otra parte se hace ver que si la justicia militar es implacable para los culpables, sabe también recompensar cómo se merecen a los que no tienen inconveniente en dar su vida por el cumplimiento del deber.

—Conformes—exclamó el coronel—. La proposición suya merece tenerse en cuenta y soy de su mismo parecer. Sevilla entera ha de ver cómo se recompensa a un héroe.

Una vez todos avenidos, empezó aquel mismo momento a hacerse

los preparativos para los honores que habían de rendírseles en el momento de su entierro.

Por toda Sevilla corrió como un reguero de pólvora la noticia de la muerte del brigadier Navarro, y en todas partes se comentaba calurosamente su gesto. Se había convertido en pocas horas en un verdadero ídolo y Sevilla entera estaba dispuesta a acudir a aquel entierro.

También Carmen lo supo y en su corazón sintió el dolor más agudo de su vida. Aquel había sido el único hombre a quien había amado, y la profecía de la hechicera se confirmaba con la muerte de aquellos dos hombres que habían sacrificado sus vidas por amarla.

FIN

Autores de las canciones que popularizaron esta película

LOS PICONEROS

Música de MOSTAZO

Letra de PERELLÓ y OLIVA

ANTONIO VARGAS HEREDIA

Letra de PERELLÓ y OLIVA

Música de MOSTAZO y MERENCIANO

CRUCESITAS DE HIERRO

Música de MOSTAZO

La mejor literatura - Los mejores artistas Las más grandes producciones

SIEMPRE EN



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

- Sigamos la Flota G. Rogers
F. Astaire
Sueño de amor eterno, Gary Cooper
Margarita Gaudier
(La dama de las Camelias)
Por la dama y el honor
Una hora en blanco Franchot Tone
Temple de bombas Tom Brown
El ballarin pirata Charles Collins
Ritmo loco Fred Astaire y
Ginger Rogers
Mamá se casa Lil Dagover
Las dos niñas de París C. Baighon
Maria Estuardo K. Hepburn
Maldad de Broadway Robert Taylor
Los dos pilleros Jaques Taval
Apuesta de amor Cené Raymond
La vuelta de Asenio Lu-
pin Warren William

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

- En busca de una can-
ción Ricardo Núñez
La Dolerosa Rasta Olaz
Rumbo al Calvo Miguel Ligeró
El octavo mandamiento Lina Yegros
La reina mora María Arias
La millona R. de Sentmeyer
Reencuentro madrileño P. G. Velázquez
Nuestro culpable Charito Lacina
Maria de la O Carmen Amaya
Malinas de viento Pedro Terol
¡No quiero! ¡No quiero! José Baviera
La canción de Aixa I. Argentina
Usted tiene ojos de mu-
jer fatal E. Jardiell Poncela
El barbero de Sevilla Miguel Ligeró
Carmen, la de Triana I. Argentina

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos colecciones completas salvo excepciones, previo envío del importe en sellos de correos.

- En tres hermanas Lulita Gargallo
Suspiros de España Miguel Ligeró
Bohemios Emilia Aliaga
Don Floripondio Valeriano León
Los hijos de la noche Miguel Ligeró

NUESTRO TEATRO 1'50 ptas.

- Los intereses creados J. Benavente
La tabernera del puerto F. Romero y
Luisa Fernanda J. Fernández Shaw
Maria de la O León y Quiroga
Romancos de Lola Mon-
tas L. F. Ardavin
El dihueto es un vivo Prodo e Iquino
Los clavelos Carreño y Sevilla
Morena Clara Quintero y Guillén

BIBLIOTECA VICTORIA

1 peseta

Las chokas de Barcelona (2.ª edición)

COLECCIÓN DE 6 POSTALES - 0,50

SHIRLEY TEMPLE

POPEYE (EL MARINERO)

CANCIONERO POPULAR

50 Cts.

- Imperio Argentina (Aixa)
Agustín Irusta
Niña de las Peñas
Carlos Gardel
Pitullilla
El Sevillano
Imperio Argentina (Carmen)
Estrellita Castro
Tino Rossi

REIMPRESIONES

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

- Maldad de arribal I. Argentina
En busca de una canción C. Gardel
Luchy Soto

lala
409
256

No. 385



2 Ptas.